

E 811-ANDR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

860-7(866) ~~Amable~~

A553h

HÉROE EPÓNIMO

24 DE JULIO

*(Ensayo de poema para instituir el
"Día del Libertador" en el Nuevo Mundo)*

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR

COLECCIÓN GENERAL

No. 6153 AÑO 1990

PRECIO DONACIÓN

1445-J



QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1919

HEROE EPONIMO

I

La mañana del siglo diez y nueve
se despereza umbría, en la negrura
vecina de la noche. La pavora
aflige todavía. ¿Quién se atreve
a mirar horizontes despejados?
Alcázar que sus torres agiganta,
la majestuosa ciencia
entre nubes se oculta. La conciencia
sus hierros no quebranta
ni vuela el pensamiento. No la santa
libertad es un himno de dulzura
en tierra americana. Da tristura
la sombra matinal, muriente beso.

—¿Y la Madre nativa?

—¿Sin libertad la Patria estará viva?

Los problemas audaces del progreso,
conquistas del estudio y de la idea,
que a las cumbres del éxito encaminan
a las razas y prístinas edades,
a remotas naciones y ciudades,
no se han planteado aún.

Como un espeso
manto desde los Andes extendido,
antes que el sol haga explosión heroica,
no de otra suerte la centuria estoica
no retesa su brazo entumecido,
ni disipa las brumas de ignorancia,
ni sale de las nieblas del olvido.
Sólo sube al cenit el sol de Francia.
De lejos crepitaron los fulgores
de su hecatombe y conmoción gigante,
postrer clangor de la inmortal tragedia
de Reyes y Bastillas derribados,
que viril preparó la Enciclopedia:
Voltaire al són de hercúlea carcajada,
Montesquieu con el genio de las leyes,
Rousseau con su doctrina emancipada.
París, la mensajera de los siglos,
promulgó sus derechos salvadores,
clarines que en la América vibraron
y a somatén tocaron,
de Iliadas modernas precursores.

Pero América aún no despertaba:
gravamen económico era yugo
que oprimía, que atroz decapitaba
al pueblo, como el hacha del verdugo.

Mas el alba por fin radió en la senda:
empezaron sus suaves resplandores
a presagiar un siglo de leyenda,
ungido por preclaros luchadores.
Flamea el estándar de Miranda,
el mártir precursor de la demanda.
Calderón electriza en la contienda.
Llaneros invencibles, Sucre, Páez.
Ricaurte y Girardot, Córdova y Rivas,
tamizan su valor; sublime empeño,

legándonos su sangre y sus virtudes.
¡Tántos, tántos que en cárceles nocivas
y en duros hierros ríen de la muerte!
D' Eluyar, Urdaneta, Piar, Bermúdez,
Valdés, Silva, Lamar, Millor, Cedeño,
tántos, tántos, asombro del más fuerte.

Quito, la altiva, la gallarda Quito,
lanzó primera de batalla el grito:
su protesta y martirio en universos
de amor patrio se funden. ¡Qué de esfuerzos
en la épica misión republicana!

De Quito la audaz Junta Soberana
al de Castilla Conde mayestático,
viejo león de prístinos blasones,
depone al punto. Libertad y Patria,
divisa de quiteños corazones.

Hundióse en sangre esclavitud aciaga,
con la ofrenda de Torres, Madariaga,
Pombo, Caldas y Roscio. ¡Qué raudales
de martirio apostólico, en lid maga!

¡Oh, Ascázubi, Salinas y Morales!

¡Oh, santos de la patria redimida!

Sin paz ni libertad ¿vale la vida?

A la voz de Bolívar, vibra el sable
de Anteos mil, de brío formidable.

Cual columna miliaria
que marca el derrotero

de la heroica humanal carrera diaria,
tal desde Venezuela legendaria,
con su cuadro de expertos capitanes,
marca, en la gloria, gesta de titanes,
Bolívar, el soldado de Colombia.

¡Visión excelsa! Redimir a un mundo
columbra, cual en vuelo, sin segundo.

En la eterna colina está de hinojos
juvenil Prometeo de los Andes,

paseando como un águila sus ojos, cobijando
llevado de la fastuosa fantasía, el soberano V
por esta tierra enfadada un día ha que al
Y no es de libertad un simulacro, lo es sino
de Bolívar la jurar: el Monte Sacro es a Y
es visión del Olimpo: el padre de los dioses desafiando el
tiembla el Empíreo, el Universo calla:
América es el campo de batalla.

Incansable adalid de las proezas,
quizá poeta-mundo,
con brazo armipotente
la epopeya forjó de un Continente.
Su numen de augustal atrevimiento
y de saber como estadista alguno,
recorrió, como fogosa galanura,
las épicas leyendas del tribuno,
las vibraciones todas del caudillo
el apolíneo encanto—solar brillo—
del iris de los genios de nobleza,
con todos los perfumes de frescura,
y sin igual dulzura
que vierte la probada gentileza,
en cien combates, rayos de presteza,
en cien obras de asombro y de bravura.

¡Cuánto puede el Señor delira,

al evocar, por él la augusta Roma
y la Grecia inmortal, o el árido
que enbriga a Olmedo, el de la
Siguiendo a la belleza, en el
de un ensaño al cazar, así domas
la rastrera pasión, el mal que

envidioso y rugiendo henchido de ira,
Vencedor de sí mismo en la palestra,
avell
la espada empuña con activa diestra,
cura dolores y remedia males,
Ya escala los peldaños inmortales,
entonando proteica melodía,
de Marte triunfador en claro día.

Impelido del estro sacrosanto,
el héroe a lo infinito avanza, avanza,
y le cubre risueña la Esperanza
con los pliegues lujosos de su manto,
Al trono de la historia, eterno y santo,
los arranques sublimes de su andanza
llegan y del talento la pujanza
y el eco belicoso de su canto,
Mimado de los pueblos, es atleta,
que, a la luz de su Musa refulgente,
de Minerva y Belona la alta gloria
con brillantes palabras interpreta,
bebiendo inspiración en amplia fuente,
inmortal en los fastos de la historia.

Son los héroes cual mares de grandeza,
de sociego, o de súbita mudanza:
remedan la emoción y la templanza,
la impresión de placer o de tristeza,
Su agitación fontana, su viveza,
empujan son del genio, que se lanza
a conquistar su prezo en fontanaza
olímpica diadema a su cabeza,
Las olas con su embate majestuoso
imitan de su lid la efervescencia.

y el choque de su empresa de coloso.
De su membrudo sér, la inteligencia
audaz, soberbia, hasta los cielos sube
como tromba marina, como nube.

Va copiando en el libro del progreso
lo que el mortal juzgó de más valía:
honor, deber, derecho, hegemonía,
lo que la mente tuvo de más peso.
Pinceladas que causan embeleso,
la eclosión popular y su alegría,
rasgos de abnegación y lozanía
que destierran lo ruín, torpe y avieso;
días serenos de indecible encanto,
victorias y cambiantes: lo infinito,
los celajes de amor para el guerrero.
Describe la osadía y el espanto,
desde los goces del valor primero,
hasta las tristes rotas del proscrito.

En el azul de esferas esplendentes
luce el sol que fecunda estéril suelo,
luminar que, inuñdando de consuelo,
alumbrá la región de los vivientes.
Por la vía moral de los conscientes,
el héroe de la gloria y del anhelo,
es aquel astro que disipa el velo
del temor que es tormento de las gentes.
Domeña pueblos grandes y pequeños,
abate de Dracones la osadía,
la Libertad buscando que es su meta.
No son locos ni osados sus empeños
al conquistar los reinos de utopía,
ya conductor de pueblos, ya profeta.

III

Bolívar es epónimo: su estirpe
y su raza, señoras de naciones.
Paseó su valentía por las cumbres,
digno retoño de la augusta Iberia:
Dominó toda cima . . . El Chimborazo—
de los Andes gigante el más erecto—
fue colega: Bolívar su delirio
le confió. Como de águila el vistazo,
abarcó cuánto es dado en su apogeo,
inspirando a Ricaurte en San Mateo:
Fue volcán su cerebro: los destinos
de Colombia la Grande sé encendían,
encerrando el calor de una centuria,
removiendo sus íntimas entrañas,
con explosión en todas las Españas.

Al retumbar de aquella voz tonante,
se desplomaron rotas
las cadenas que oprimen y que matan,
por más que de la torpe tiranía
el remedo incesante
hundió a los pueblos en gobiernos de hecho,
que olvidaron la herencia de Bolívar:
la unión, la libertad en el derecho.
“He arado en el mar”, epifonema
que de vergüenza quema
el rostro de la América. Bolívar
apuró cruentos males: el acibar
del olvido, la hiel de ingraticudes:
Poseyendo perúclitas virtudes,
fue tenido por rey de codicias,
por loco temerario,
quien por la patria derrochó su cráneo:

y escogió sufrimientos por delicias.
El siglo XX mira estupefacto
que un hijo de la América le llama
"epiléptico, enfermo e impulsivo,
con estigma de los degenerados,
que atavismo le inflama
y su cerebro no es de equilibrados".⁽¹⁾
"He arado en el mar, en el salobre
mar de injusticias, piélago de inquinas,
donde fermenta la pasión mezquina",
ya meditó el Libertador de un Mundo.
Habla el genio: en su torno
hay silencio, atención, pasmo, extrañeza:
—Desdengo, dice, al que cobarde arrastra,
cual reptil, por el fango su cabeza;
abomino al que siempre va a la rastra
y ni un ánice gasta de nobleza.
Con altivez se obtiene la victoria,
levantando del polvo nuestra frente.
Jamás puede mirar nimbos de gloria
quien la cerviz doblega humildemente.
Escudo del honor es la soberbia;
espada del valiente es el desprecio.
Medianías devuelven la protervia
y contestan la cháchara del necio.
Solo águilas se posan en la cima,
a donde no ascendió el escarabajo.
Jamás el corazón de clara estufa
el insulto recoge del de abajo.
El cédro de la selva ve impasible
al arbusto que abate la tormenta.

(1) Palabras tomadas con libertad y a veces de un escandaloso autor que se dedica por afición a las pretensiones de estudiar a los grandes como representantes de la

que su único rival es el terrible
rayo que en las alturas se presenta.
De cuajo ha de troncharse majestuoso,
haciendo retemblar a la montaña,
más bien que doblegarse. Del coloso
fué morir sin rendirse propia hazaña.
El positivo mérito ¿se digna
contemplar al insecto que le hiera?
Serenidad es clásica consigna:
no hay miedo que vileza le vulnere.
El león, es un rey que, cuando ruga
el matador simún, de pie le aguarda,
mientras todo en redor cede a su empuje
y la pobre gacela se acobarda.
La hojarasca esparcida por el viento
se pierde en las regiones del olvido,
mas el hombre de orgullo y de talento
es fénix de las ruinas renacido.

IV

¿Sabéis que es libertad?, pregunta el "Arbitro,
de la paz y la guerra"
al orbe que su verbo fulminante
escucha con respeto exorbitante.
¿Sabéis que es libertad? Candente rayo
que así nos mata como da la vida,
saludable reacción, letal desmayo.
Como arma de justicia, es bendecida;
si es puñal de venganza, le maldigo
y si llama de amor, sea bien venida.
Si de ella abusa el bárbaro enemigo,
es, agrega, infernal grito cobarde,
ajeno al corazón de noble amigo.
Libertad verdadera con alarde

el dolo no predica, nunca engaña:
su fuego sacrosanto: vívido arde.
Libertad mentirosa ¡cuánto daña!
al codicioso que sediento de oro,
se sirve de la astucia y la patraña,
mas, santa Libertad es un tesoro:
capitaliza el alma del honrado
que abriga la virtud y ama el decoro
¡Salve, tú, Libertad, himno sagrado
que entonan con delirio los poetas,
cual toque de batalla sublimado!
¡Salve, escudo eficaz de los atletas!
Libertad, don de dioses inmortales,
eres gloria del mundo, eres trompeta,
que anuncias con vigor a los mortales
los triunfos alcanzados cada día
contra vicios y déspotas y males.

V

Venid, bravos campeones de la idea;
venid, almas valientes;
venid, soldados que vibráis la tea
de rayos refulgentes,
que alumbra a las naciones,
redime corazones
y empuja la cuádriga
del progreso, que liga
en santa comunión al Continente;
la tea siempre audaz, iconoclasta
del pensamiento libre, independiente,
en alas del Pegaso,
llegad ya, desde el Gólgota al Parnaso,
con palmas apolíneas,
con lauros inmortales,
con arpas y timbales.

y lirás de la Grecia
a ensalzar a Simón el Legendario,
a Bolívar entre héroes el primario;
a cincelar un himno resonante,
a perfilar un verso
como una helénica ánfora embriagante,
o como bronce terso,
tan límpido como aguas del brillante.
Traed la orfebrería,
la rica pedrería,
las gemas del talento.
y de la poesía
para la augusta sien que todo abarca
del divino Monarca
del reino del valor y la osadía,
que tuvo por Olimpo perdurable
la cumbre de los Andes intocable
y por canto el fragor de las de lumbre
bocas ingentes como esa Alba Cumbre.

Poetas, al Sublime Colombiano,
al tribuno que amó las libertades,
al Padre de la Patria y las edades
cantad, cantad, porque en la brava liza,
como león que las selvas electriza
venció sin abatir sus facultades,
como encina que en rócias tempestades
permanece de pie cuando del trueno
se escucha el pavoroso desenfronó.
Al Apóstol de verbo calcinante,
febea la mirada penetrante,
de espada y pluma de oro
que irradiaron del Norte hasta el Levante,
cantad en su almó día en adelante (1)

(1) El 24 de Julio que se proyecta destinar en la América como día del Libertador.

V

¡Libertador! Con eviternas obras,
como guirnalda ubérrima, exornaste
de la patria la sien esclarecida—
la de Cinco Naciones Grande Patria—;
pero ella, agradecida,
inmerecible lauro
te brinda con Montalvo y con Olmedo,
Rodó, el Maestro, orfebre de tu credo,
Blanco-Fombona, alívato de centauro,
y Larrazábal, fulminante pluma
que de la historia disipó la bruma.
Lumbreras de lo bello y la palabra,
artistas son, de espíritu anhelante,
tanto el genio que labra
el rebelde diamante
el bronce duro o el flexible verso,
como el mármol, granito y andesita,
y arranca a la natura sus colores,
taumaturgo que inventa un universo,
con paleta, cincel o gayas flores
o al brillo de la espada
forma pueblos, los aupa de la nada.
¡Bolívar es el alma del esfuerzo!
¡Salve, inclito espartano,
sin sombra de egoísmo,
como el sol claro! La luz de tu civismo
áurea despunte en cielo americano.

Fuiste como la roca de granito
que en medio de las olas se destaca,
desafiando el furor de la resaca
y el turbio oleaje, pasional y humano,

con poder infinito,
con poder sobrehumano
que a la procela aplaca
y vence hasta el denuedo del hispano.

El ideal de justicia,
hoguera de vestales,
prendióse en tu santuario,
inextinguible en el altar augusto
de tu gran corazón que olvidó males.
Tu fe, la fortaleza;
libertad, tu delicia;
la igualdad tu nobleza
y la patria tu madre. Tu leticia;
la tierra americana,
que no más en el piélago tu gloria
hundirá, profanando tu memoria
cual si arase en el mar, con la pedrea
interminable de los hijos tuyos,
atados de ambición a la coyunda.
¡Oh, Antorcha gigantea!
¡Fresco Laurel de la epopeya humana!
¡más grande aún por ser laurel de hispana
selva sagrada, que el honor fecunda!



DEDICATORIA

A vosotros, queridos compañeros, entusiastas miembros de la inolvidable Academia Literaria "Benjamín Vicuña Mackenna", como un recuerdo que conmemora el primer aniversario de su fundación, dedico este Ramillete, en sí mismo diminuto, compuesto sólo de florecillas que no tienen más perfume que la sinceridad ni más lozanía que el intenso cariño que os profesa el ecuatoriano distante, socio de esa hermosa institución juvenil y profundo admirador de la intelectualidad chilena, dignamente representada por la vigorosa generación de noveles escritores,

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Quito, Mayo 22 de 1900.



RAMILLETE

AZUCENA

¡Oh virgen núbil, de tez sedosa!
De ojos dormidos y frente pálida!
Hermosa niña, mujer crisálida,
Dulce remedo de mariposa.

Tu tímida alma, pura y virtuosa,
Mansión poética de una castálida,
De la inocencia la joya válida
Posee felice, guarda afanosa.

De los pensiles joya querida,
Tienes la esencia de la ternura,
Porque eres cándida, porque eres buena;

Así al mirarte tan escogida
Yo te comparo con la blancura
Y con las gracias de la Azucena.

LIRIO

Madre mía, mi bien y mi esperanza,
El ángel más risueño de los lares,
Única noble dicha en los hogares,
La que infunde consuelos y confianza;

Madre mía, refugio y venturanza
Del hijo en sus dolores y pesares,
La diosa que se yergue en los altares
Del corazón, que busca bienandanza;

Madre mía, te envió con agrado
Este Lirio de albor que me pediste
Para el ara del Dios de tu alegría;

Florequilla de aroma delicado,
Símbolo es de candor, tú me dijiste:
Es tu imagen, yo añado, Madre mía.

Recibe con amor, y, colocada
En el altar donde tu fe se anida,
Recobre con tu ofrenda algo de vida
A mía por la duda marchitada.

Ya seco el corazón, no tiene nada

Del sencillo perfume que convida
La infancia de pureza bendecida,
Édad quoces, entre todas, envidiada.

Las heridas que yo con mi creencia,
Que olvidó su ignorancia y su rutina
Y hoy tiene de razón la fría calma,

Haya abierto talvez en tu conciencia,
Perdona, Madre mía, flor divina,
Perdona, Lirio del jardín de mi alma.

FLORECILLAS

Palomita de blancura,
 que en las mañanas de Mayo,
Sobre el árbol del ensueño,
 dulce solías trinar,
Vuelve al fondo de mi nido,
 que calentó el dulce rayo
De los dorados anhelos
 de un amor primaveral.

—
Mi juvenil fantasía

que se nutre de ilusiones
Al admirar tus gorjeos
acrecentó su pasión;
Mas oyendo te llamaba
para unir los corazones,
Pronto remontaste el vuelo
á una lejana región.

Y al ver que rápida huyeras
al país de lo imposible
Se marchitaron mis sueños
con el frío del dolor;
Y he maldecido mi suerte
al mirar que no es factible
La dicha que abrigó mi alma
del cariño al suave ardor.

Floreçillas sin perfume
se esparcieron deshojadas
Mis esperanzas perdidas
arruinando el corazón:
En sus jardines hoy brotan,
en vez de flores preciadas,
Sólo abrojos, sólo espinas,
sólo plantas de aflicción,

Palomita, torna al nido
de mi pecho que affigiste,
Vuelve á gorjear en las frondas
del desolado pensil;
Y verás que, renaciendo
las flores de este amor triste,
Hermoso ramo te ofrenda
mi entusiasmo juvenil.



De mi vida en la incierta lontananza,
Cual nube fugitiva,
Veloze pasaste proyectando sombras
Sobre mi alma, que, altiva,
Feliz soñaba con tu amor variable;
Pasaste obscureciendo mi esperanza,
Marchitando la flor de mi ilusión.
Desde entonces me dije con tristeza:
"Verdad es positiva
Que la mujer es ángel sin cabeza,
Y el hombre un sér de escaso corazón."



Nada me importa el metro, la cadencia,

Nada la rima ni el hermoso acento,
Quiero tan sólo, sin pedir clemencia,
Decir con libertad mi pensamiento;
Ni la crítica audaz, vano desdoro,
Mi empeño vence: lanzaré mi idea,
Con fuerza gritaré: "mujer, te adoro:
Eres de mi alma inflamadora tea."



Llegó la tarde: el sol que se extinguía
Tras los lejanos montes
Me hizo pensar en tí. ¡Cuán corto día
De bellos horizontes

Nuestro amor tuvo! Las sombrías horas
Vinieron de inconstancia
Sobre mis ilusiones tentadoras.
Y la suave fragancia

De mi amor juvenil, cual vano sueño,
Se disipó. Tristezas
Empapadas de duda, que es beleño
De débiles cabezas,

Desplegaron su manto de amargura.
El astro de esperanza.

Su rayo de ilusión ya no fulgura;
Y todo es desconfianza.



Para tener idea
De la luz, de lo bello,
Déjame, angel, que vea
De tus brillantes ojos un destello
Que me guíe por senda conocida,
Disipando las sombras de mi vida.



¿No es verdad que el amor es don sagrado
Digno del genio culminante sólo,
Del que, lejos del vulgo, no conoce
Ni maldad, ni acción perversa ni dolo?
Para obtenerlo, necesita el hombre
De la gran lotería el premio gordo,
Es decir, escoger con mucha maña
En mil guijarros un granito de oro



Todo delirio humano

De amor inextinguible,
Si no hay virtud por medio,
Al fin zozobrará,
Pues la pasión es nave:
La mueve el viento horrible;
Si llega al puerto á veces
Al fondo otras se vá.



La virgen de mi altar fué como un angel
De ojos morenos y de labios rojos,
De faz radiante encantadora y dulce,
De blonda cabellera y pecho mórbido.

Lo que puede soñar la fantasía
En los edenes de un ideal fogoso
Tuyo élla para mí, que le amé tanto
Que le amé con pasión, con fe, con gozo.
Mas si consulto con el alma mía,
Y no con mi razón, ó yo estoy loco
O no sé qué me pasa, pero la amo
Aun cuando entre las dos acabó todo.
Sí, mi sensible corazón no miente:
Siento nostalgia de mirar su rostro.



En la noche callado cuando pienso
En el pasado amor que me dió vida,
Me invade sensación desconocida
Que sacude mi espíritu, propenso
A la honda pena y al dolor intenso.



Arboles hay en apariencia secos,
Despojados de ramas y de hojas,
De tallo débil y color leñoso
Que reviven de pronto si se mojan;
Así mi corazón parece muerto
Al placer, á la dicha y á la gloria,
Mas lozano se torna si el rocío
De esperanza refréscale una gota.

VIOLETA

Planta hermosa, que aprecias y que indultas
En el pensil á tus hermanas flores,
Que ostentan con orgullo sus colores
No más bellos que el tuyo que no abultas.

Por tu aroma y tus méritos resultas
La reina del jardín con tus primores,
Que valen un caudal y son mejores
Mientras más pudorosa los ocultas.

Siempre humilde, simpática figura
De las almas de límidos sonrojos
Que guardan su conciencia linda y pura,

Capaz sólo de cándidos antojos;
Imagen de la virgen, flor completa,
Eres tú, modestísima Violeta.



LA FLOR DEL LOTO.

(FRAGMENTO)

Del Indo cuentan que en ramilletes
Figuró un día por su hermosura,
Por sus aromas, por su figura,
Vivos colores, lindos filetes.



Adorno antiguo de los retretes
En el Egipto, de la pintura
Representóla con galanura :
En monumentos y minaretos.



Brotó en el Ganges, creció en el Nilo;
En los altares del hipogeo,
Y en las pirámides se vió incrustada.



Fue hallada, á veces, en triste silo
O entre las grietas del mausoleo
La flor del Loto, que es flor sagrada.

AZAHAR

Los naranjos, el cidro, el limonero
Ostentan tu blancura inmaculada:
Eres símil de joven adornada
Con guirnalda nupcial de sumo esmero.

De la vida en el árido sendero,
Te vemos aplaudida y alabada,
Y estas á la inocencia consagrada
Por tu nítido albor pue es verdadero:

Como tú, las conciencias infantiles,
Que se abren al calor de las virtudes,
Despiden suave aroma sin segundo.

Todos los seres á los quince abrilés,
Antes que el mal descargue sus aludes;
Azahares de candor muestren al mundo:

LA GARDENIA

¡Cuánta tristezza *ide* inspiras,
Linda joven, si te miro!
Y aunque tu belleza admiro
Me da pena su primor,
Que es una chispa que al soplo
Del placer, furioso viento,
Apararése al momento
No quedando ni un tizón.

¡Cuánta ternura me inspiras,
Esbelta joven graciosa!
Eres gardenia olorosa
Caída en el lodazal.

Como élla, pobre naciste,
Pero, al ver tus esplendores,
Has tenido compradores,
Como flor para el ójal;

Adorno que un rato brilla
En la nítida pechera,
Pero que, al secarse, espera
Ser arrojada al fangal.

Es una planta estimada
La gardenia del Oriente,
Que luce frecuentemente
En solapa principal;

Mas se muestra, algunas veces,
En la de algún matutero,
Que le cuesta su dinero,
Por caprichosa ostención,
Con todo, no pierde nunca
Su perfume, aunque, marchita;

Sus pétalos anulita
Y deslustra su color.

Así tú, no sé qué encantos
Inexplicables encierras,
A pesar de que destierras
Con tus obras la virtud.
Tienes suma simpatía
Por tus perfectas facciones
Y enloqueces corazones
Con tu esbelta juventud.

Gardenia del fiemo, vuelve
Al vergel de honrada vida,
Porque eres planta escogida
Que mereces redención.
Torna á la senda correcta
Dónde el bien te dará calma;
No destroces, por Dios, tu alma
En deleznable mansión.

Debe habitar en la altura
La mujer, que es flor del cielo,
Y no arrastrarse en el suelo,
Cual fuese un ente vulgar,
Pues nierde su noesía

Y los dones que natura
Le concedió con holgura,
Si no es algo espiritual.

A la mujer yo concibo:
Sincera, pura y piadosa.
Siempre dulce, siempre hermosa
En lo físico y moral.
Tu juventud vacilante
Es por esto que lamento,
¡Ángel caído! al momento
Recobra tu pedestal.

PENSAMIENTO

De mi álbum arrancando un pensamiento
Alma mía, te envío con ternura;
Acéptalo, que es flor sin hermosura,
Mas nace al calor de un sentimiento.

Brotó lindo y lozano en un momento
Merced al suave riego y la frescura
Del rocío de mi alma, buena y pura
En la prístina aurora del talento.

Después, con los inviernos de la vida,
Intentó marchitarse, mas la mente
Lo hizo florecer con nuevo brío,

Con lealtad va hacia tí. Dale acogida
Del aroma de un beso suavemente
Su corola impregnuándole, amor mío.

COPIHUES

PARA GALVARINO CRUZ

Flores blancas, flores rojas,
Flores plateadas chilenas,
Que nacéis en pleno invierno
Desafiando las formentas,
Cuando los árboles viejos,
Muertos de frío y de pena,
Extrañan su vestidura
Los Copihues los consuelan,
Enroscándose en sus troncos
Con sus guías y sus venas.
Os destacáis esplendentes
Cuando natura está muerta,

Y en la estación rigurosa
Desplegáis suma belleza.
Flores blancas y de fuego,
Flores plateadas chilenas,
Oriundas sólo de Arauco
La indomable, heroica tierra
De Colocolo y Lautaro,
Titanes en la pelea,
De Caupolicán y Rengo,
Fieros leones en la guerra,
Me recordáis araucana
Y sentimental leyenda.

* * *

Cuentan que en remotos tiempos,
Antes que españoles vengan,
En son de santa conquista,
A derramar en América
Sangre inocente de reyes,
Que eran libres sin gabelas,
Libres sin baldón ninguno
Y no siervos de la gleba,
Dueños de inmensos dominios
Dueños de vírgenes tierras;
Antes que fatal codicia
Largas luchas gigantescas
Provocara en las regiones

Que la opresión extranjera
Ignoraban todavía,
Con sus quebrantos y penas;
Antes que los españoles
Dejaran allí sus huellas,
En las playas de Araucanía,
Apareció virgen bella,
Que, acompañando á los indios,
Les sirvió de providencia.
Era una joven simpática
De ojos vivos, cual centellas,
De formas esculturales
Y abundante cabellera.
Vestía siempre de blanco
La encantadora doncella,
De alma sensible y virtuosa,
Alma de mujer egregia.
Era un abnegado pecho,
Era una visión poética.

*

* * *

Quando llegaron los días
De la agitación guerrera
Y el grito de los combates
Resonó con fortaleza;
Quando en Tucapel caía,

Entre gente aventurera,
Valdivia despedazado
Por Lautaro, el indio-fiera;
Cuando el audaz Terealipe,
De su hueste á la cabeza,
Cara vendiendo la vida,
Luchaba por su bandera;
Y el valiente Galvarino
Y Licopichón y Fresia,
Con Pelautaro, corrían
A buscar muerte soberbia,
Haciendo honor á su raza
De tradicional braveza,
La virgen de rostro ebúrneo
Y de miradas que queman,
La de grandes ojos negros,
Con abnegación suprema,
Auxiliaba á los caídos
En la pujante reyerta
Y curando sus heridas
Practicaba acciones buenas,
Pero ya no era la joven
Primorosa de otras épocas,
Sino anciana de respeto,
Que siguió la ley severa
Del tiempo que todo borra.

Y destruye la belleza.
 Con palabras de entusiasmo
 Y con voces de aliento, élla
 A la victoria llevaba,
 En las campañas sangrientas,
 A los bravos de Aranco,
 Guiándoles cual estrella.
 Los triunfos se sucedían
 Y abundaban las proezas.
 Y la raza sostenía
 Su poderío y nobleza,
 Sin humillación tiránica
 Sin sonrojos ni vergüenza.
 Ella era escudo sagrado,
 Ella diosa de la guerra.



Un día desventurado
 Despareció de la tierra
 Aquella blanca figura,
 Aquella mujer selecta.
 Por las playas araucanas
 Negro manto de tristeza
 Se desplegó de repente
 Causando profunda pena.

Había muerto la anciana
De ojos vivos, cual centellas.
Los indios enternecidos,
Gimiendo esa amarga ausencia,
Enterraron su cadáver
En una lejana selva,
La más oculta de todas,
De todas la más espesa.
Desde entonces, comenzaron
Los reveses y las pérdidas
Para la raza indomable,
Según narra la leyenda.
Los antiguos bravos jefes,
Los caudillos de la guerra
Ya no vivían, pues todos
Sucumbieron en la empresa,
Como una sombra maligna,
Precursora de tinieblas,
Pasó por aquella raza
Que eclipsaba su entereza,
Desfalleciente, angustiada
Y de sinsabores llena.
Vencida en varios encuentros,
Buscó afanosa y sincera,
En la espesura del bosque,
A la virgen blanca y buena,

Su talismán y su apoyo,
Para que la dirigiera.

*
* *

Era una tarde de invierno,
Húmeda, lloviosa y fea,
Cuando los indios llegaron
A la tumba sola y vieja.
Los arboles sin follaje,
De amarillenta corteza
Y tallo débil y seco,
Se inclinaban por la fuerza,
Con el soplo de los vientos
Y el rigor de la tormenta.
En la selva no había flores
Ni verdor en la pradera.
La vegetación estaba
Sumergida en somnolencia.
Pero en torno de la tumba
De la blanca virgen buena
Multitud de lindas plantas,
Multitud de enredaderas
Se enroscaban en los troncos,
Alegrando por doquiera
El aspecto del sepulcro,

Con su verdor y belleza,
Eran Copihues de albura,
Eran los flores chilenas,
Salpicadas de manchitas,
De coloración intensa,
Rojizas como la sangre,
Brillantes como centellas.



Con admiración, los indios
Se figuraron, al verlas,
Que habían brotado sólo
Por las lágrimas ingenuas
De la amiga que lloraba
Sus desgracias y sus penas,
Lágrimas de plata y sangre
Vertidas por virgen buena,
Que fecundó los Copihues,
Flores de la Arauco homérica,



Poco á poco embrutecidos
Por el alcohol que envenena,
Por profundo abatimiento

Y por fría indiferencia,
Abandonaron á manos
De procedencia extranjera
Su histórica autonomía
Y sus importantes tierras,
Resignados y tranquilos
El feliz momento esperan
En que su virgen querida,
Con el clarín de la guerra,
Les llame al fin al combate
Para hendir de la sierra
Y salir de sus gargantas,
Con su energía primera,
Y, furiosos como nunca,
Recobrar su independencia:

*
* *

Mientras libres no se ostenten,
Mientras esto no suceda,
Lágrimas de plata y sangre
Llorará la triste selva.
Y nacerán los Copihues
Junto á la amiga doncella,
En la tumba del botcaje
Rodeada de enredaderas.

MIOSOTIS

PARA JUAN ESPINOSA

Azules y pequeñas florecillas
Símbolo de amistad en este suelo,
¿Por qué sois diminutas, si es consuelo
Lo que representáis, plantas sencillas?

Abiertas os mostráis, cual sin rencillas
La amistad se presenta con desvelo;
Cuando es franca, sincera, sin recelo;
Con afectos y tiernas maravillas.

No me olvidéis os llaman unas veces,
Pues la fiel amistad jamás olvida:
En el mando es la dulce compañera

Que mitiga el pesar de suerte artera
Y auxilia al infeliz con muchas creces:
La amistad es un bálsamo en la vida.



EL MIRTO

[SONETILLO]

Es el premio y aliciente
Que en los torneos se invoca,
Que las hazañas provoca,
Cual estímulo excelente.

Como lauros, en la frente
A los bardos se coloca,
Y la sien triunfante toca
Hecho corona esplendente.

En sí mismo nada vale,
Pero mucho significa
En las empresas honrosas,

Cuando el genio sobresale;
Sólo por esto se explica
Prefiéranle á magnas cosas.



HOJAS SECAS

PARA PEDRO PABLO JIJÓN

Era muy niño. Mi madre,
La diosa á quien rindo culto,
Que guarda un caudal oculto
De ternura para mí,
Afanosa me contaba
Muchas cristianas historias
Y leyendas laudatorias
Para su ejemplo seguir.

En esas noches serenas
Por la luna iluminadas,
Solemnes noches calladas
De indecible majestad,
Junto á mi madre atendía
Sus edificantes cuentos,
Que aclaraban los comentarios
De aquél angel del hogar.

Recuerdo que, ponderando
De la caridad bendita
El valor, que es de infinita

Complacencia para Dios,
Después de leerme un libro
De máximas religiosas
Refirióme, entre otras cosas,
La que á trasmitiros voy.

—
“En noche lluviosa y fría,
Solitaria en la pradera,
Gemía una limosnera,
Sin sustento ni calor.
Quejándose de su suerte,
Imploraba algún consuelo,
Cuando de pronto en el cielo
Un lucero apareció.

—
Secó su llanto, y, alegre,
Hacia la altura mirando,
Se entretuvo murmurando
Una ferviente oración.
Pensó dormir en el llano
Y en la soledad perdida,
Mas por senda conocida
Esa luz la encaminó.

—
Halló sencillo hospedaje
En una humilde cabaña,

Entre gente sin patraña,
De virtud y caridad.
Allí pudo con sosiego
Descansar de su quebranto,
Sus vestidos entretanto
Librando de la humedad.

Al amor de grata lumbre,
La desgraciada mendiga,
En esa morada amiga,
Tuvo refrigerio y pan.
Restableciendo sus fuerzas,
Con el auxilio oportuno,
Quebrantó su largo ayuno
Y sació su hambre voraz.

Y regresando á su aldea,
A la mañana siguiente,
Con modestia la indigente
Imploró la caridad.
Transcurrieron muchos años.
La pobre que daba ejemplo
Se perdió; pero en un templo
La vieron yacía en paz,

Afirman que por la noche
Se transporta su limpia alma
A la choza do halló calma
Y sincera caridad.
Cuentan bendice al labriego,
A su familia virtuosa
Y después esplendorosa
Vuelve á su patria eternal."

Así mi piadosa madre
Referíame esta historia,
Que la grabé en mi memoria
Lleno el pecho de emoción.
Y siempre que de la mano
A la iglesia me llevaba,
Un gran lienzo me mostraba
Que representa esa acción.

Haz limosna al desvalido,
Decirme con fé solía;
Yo respetuoso acogía
Sus consejos de verdad.
Sonaba el canto en el coro,
Me conmovían sus notas,
Y elevaba mis devotas
Plegarias ante el altar.

Una vez, me acuerdo, estaba
En el oscuro santuario,
Temeroso y solitario
Resando con atención.
Pedía allí por mi madre
Por su salud y su vida,
Con el alma conmovida
Y con infantil fervor.

Cuando mi mente de niño
Y su ardiente fantasía
Figuró ver que se erguía
En el templo una visión.
Al momento, idea triste
Me sobrecogió: si fuera
Sombra de la limosneta,
Me pregunté con terror.

Y era, en efecto, la misma
Con la rota vestidura
Y su cara de tristura
Que inspiraba compasión.
Con los ojos empapados
En lágrimas, parecía
Que una caridad pedía
En el nombre del Señor.

Tanto pensar en la pobre
 Tenaz se grabó en la mente
 ¡Imaginación demente!
 ¡Cuántas locuras soñé!
 Y conmovido y medroso
 Devoto junté las manos,
 Hice á Dios votos cristianos
 Y de rodillas oré.



Símbolo es de la inocencia
 La niñez con sus temores,
 Pura edad que sin sabores
 No conoce mi inquietud.
 Cuando la siniestra sombra
 De la malicia despierta,
 Entre harapos, casi yerta,
 Limosnera sin salud,

Entonces el mundo loco
 Parece mansión sombría,
 Falta de luz todavía
 Para poderla apreciar;
 Pero la razón madura,
 La triste experiencia crece,

Y al fin la vida aparece
Como escuela del pesar.



La voz de mi tierna madre
Suguí creyente de niño,
Cuando llena de cariño
Con fé me enseñó á rezar.
A sus piés arrodillado
Magnos favores pedía
Para esa mártir. Sabía
Ciego creer, sin razonar.

Hoy que la virtud del vicio
Distingo, sé que es engaño,
Falsedad y desengaño
Y he saboreado el dolor;
Hoy, me tienta á cada paso
La cruel risa del cinismo.
¿Será este mundo un abismo
De luchas y de aflicción?....

Hoy los templos, antros fríos,
Conservan débil fragancia
De los días de la infancia,

Cándida época feliz.
Hoy los templos majestuosos,
En los que vaga atigida
La sombra de fé perdida,
No son nada para mí.

¿Nada? Son recuerdos frágiles
Son momias de la edad vieja,
Una tradición añeja
Que lamenta la impiedad.
Son esqueletos dolientes,
Que sollozan por un culto
Que ante la ciencia es insulto
A la razón y verdad.

Los templos, suntuosos claustros,
A los que acuden formales
Las vírgenes medioevales
En plena cultura y luz,
Son comprimidos clamores
Por la grey, que, descarriada,
Sigue por senda vedada,
Maldiciendo de la cruz.

Maldice la cruz hoy día
Porque ya no es el sagrado

Dulce signo consagrado
Al sufrimiento y al bien,
Sino sólo un vil madero
Que encubre vicios y males,
Siendo de algunos mortales
Explotación é interés.

¡Sublime árbol! ¡Tierno símbolo!
¡Te han marchitado congojas,
Y van cayendo tus hojas
Secas y estériles ya!
Eres pretexto y pantalla
De mala gente opresora
Que expecula y que desdora
Al sencillo y al patán.

Hoy los templos, teatros místicos,
Llenos de pompa exquisita,
Son los lugares de cita
Para el orgullo y amor.
No ván allá los cristianos
Por buena intención movidos,
Sino talvez atraídos
Por la ostenta y distracción.

Pocos seres se encaminan

Con la fé del carbonero
A dirigir con esmero
Sus oraciones á Dios.
El *que dirán*, la costumbre
Y los respetos sociales
Son motores principales,
Y no sincera intención.

¿Del templo no sale á veces
La corrupción prematura,
Quizás regresando impura
Alguna alma juvenil?
Lujo, afectación, bambolla,
Con citas de amor á diario
Y estéril confesonario
Suelen encerrarse allí.

En el pobre oscuro suelo
De los míseros mortales
Se toleran muchos males
Por la falta de instrucción.
Los ignorantes y débiles
Marchan de andrajos cubiertos,
Palpando los desencuentros
De antigua preocupación.



Se fué ya la primavera
De la fé, ciega creyente,
Se fué la infancia inconsciente
Que discurre sin razón.
Hoy milagros y misterios
Son pétalos sin esencia
Arrancados por la ciencia,
Porque no tienen valor.

El arbusto del talento
Sacudió sus secas hojas;
Hoy nacen lindas panojas
Con mil frutos de verdad.
En lugar de un Dios tirano
Con castigos eternos,
Surge, en conciencias morales,
Uno de amor y bondad.

Hoy mi religiosa madre,
A quien amo con cariño,
No tiene cuentos de niño,
Sino consejos de honor.
Respetuoso le oye su hijo,
Formando de sus doctrinas
Y sus máximas divinas
Una nueva religion.

Cuando pasa por el templo
 Viendo á gente pordiosera,
 Evoca á la limosnera
 Practicando caridad,
 Mientras los falsos católicos
 Salen de allí indiferentes
 Sin socorrer á indigentes
 Ni sus cuitas remediar.

DALIA

Libélulas y lindas mariposas,
 Al dulce despertar de primavera,
 Dejando de volar por la pradera,
 Al jardín se encaminan presurosas.

Desprecian á las flores más hermosas,
 Sin jamás detenerse en su carrera;
 Mas por una, que en Méjico naciera,
 Con pétalos de tintas caprichosas,

Se paran al momento y se complacen:
 Su corola de vívidos colores
 Les atrae quizás como la llama.

Sus p
 Enca
 Que

A
 A m
 Luz
 Visi

D
 Me
 Con
 Ni

h
 De
 Y p
 Par

S
 Que

distiles vistosos que se esparcen
anta á los insectos voladores,
por élla abandonan la retama,

ROSAS Y CIPRESES

una virgen adoro con el alma,
na joven simpática y graciosa,
de mi mente, de mi pecho calma,
ón espiritual y esplenderosa.

Desde niño, secreta simpatía
inspiró su semblante de ternura,
ojos que no vió la fantasía
más brillantes ni demás negra.

Enmismos y dormidos, tienen marco
pestañas con sombra inexplicable,
parecen soñar con lo que abarco
a élla en mi niño impondorable.

su mirada poética y radiosa,
e vaga por los mundos infinitos,

Es astro de dulzura misteriosa
Con destellos celestes y benditos.

¡Cuánto la quiere el corazón sincero!
¡Cuánto la aprecia el juvenil cariño!
¡La conciencia le busca con esmero
Y el cerebro le extraña, como un niño!

Se fué dejando la amargura inmensa
Que ocasionan los buenos en su muerte;
Con su partida mi razón no piensa,
Con su ausencia maldije mi atroz suerte.

¡Pero ella no está muerta! Para el mundo
De males, sinsabores y quebrantos
Su nombre es un cadáver gemebundo;
Para mi alma, su nombre está entre santos.

Lo está por sus virtudes, mas se encierra
En mansión de tristeza: un monasterio,
Cárcel obscura de la pobre tierra,
Con sombras de rutina y de misterio.

Mi espíritu enlutado guarda duelo
Por su óbito civil, cipreses pone
Sobre la triste tumba sin consuelo
De mi amor que sus gracias no dispone.

az que llegue, preciosa virgen mía,
ida por mis lágrimas y penas,
a resurrección el bello día
que dejes del claustro las cadenas.

entonces en tu frente una corona
rosas ceñiré con alegría,—
o una ofrenda que mi amor te dona,—
ndo calmes mi cruel melancolía.

entonces los dolores de este suelo,
rados con tu afecto y con tu encanto,
me destrozarán. Mirando al cielo,
tu amor y tu ejemplo, seré un santo.

o trocarán en rosas perfumadas
lúgubres cipreses de la vida;
estros ensueños, flores matizadas,
nturosos serán, alma querida.

abandona las místicas prisiones,
al mundo á vivir junto á mi pecho;
emos nuestros leales corazones,
a los lazos de amor, en nudo estrecho,

Ven á rezar en el altar de mi alma,
 Do elevemos los dos plegaria tierna;
 Ven á darme, por Dios, la dulce calma.
 ¡Hacia mí vent! Mi súplica es eterna.

Con todo, si allí encuentras noble dicha,
 Si estar crees allí lejos del vicio,
 Quédate, virgen: labras mi desdicha,
 Mas me resigno: está hecho el sacrificio.

Tu bienestar prefiero y tu alegría
 A la gloria suprema de mí mismo;
 Sé feliz ante todo, joven mía;
 ¡Anhelar mi placer fuera egoísmo!

CLAVELLINAS

Cuando os veo lucir en los jarrones
 De Sévres, ó de China en porcelanas,
 Y que os riegan prolijas las mañanas
 Unas manos que flechan corazones,

Deseara.—son sencillas intenciones,—
 Entre esas clavellinas tan galanas

ALEJANDRO ÁNDRADE COELLO

RAMILLETE

QUITO

Imprenta de "El Pichincha"

1900

866.13

ALEJANDRO ANDRADE GOELLO

BIBLIOTECA NACIONAL

L. 48 - Rio 2 - S. M. E.

Folleto N.º 19

Quito-Ecuador

TRAGEDIA FLORAL

(POEMITA INFANTIL.)



Quito-Ecuador

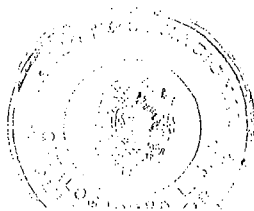
IMPRENTA NACIONAL

1913

TRAGEDIA FLORAL

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



A los jóvenes de la Sociedad Literaria

“César Borja.”

De la cartera donde consigné los sueños de mis mejores días, para vosotros arranco estas pálidas hojas que estaban destinadas a desaparecer. El recuerdo que por tantos años a vosotros me liga, las hará vivir con la vida perdurable del afecto, porque en el aula, donde os conocí, nunca tuve la pretensión del maestro sino siempre la sinceridad del amigo y el inesfable entusiasmo del que siente las alegrías de la fresca sonrisa de la juventud—de ese vivificador soplo que perduró en Grecia y remozó a las almas—porque lustros ha permanecido entre jóvenes y para ellos ha desgranado las rosas más perfumadas de su alma. Estas sencillas páginas que os consagro ¡oh, esforzados e inteligentes jóvenes de la Sociedad «César Borja»! no se engalanan con el aroma del modernismo ni aspiran a ser originales. Vuestra brillante tozante borrará la vieja patina que ha caído sobre ellas. No se marchitarán, gracias a los esmeros del cariño intenso, que añora los inolvidables días del Colegio, de ese santuario de ciencia y arte, esto es, de hermosura y humanidad, que se llama Instituto Nacional Mejía, donde comenzásteis a soñar y a espolvorear, como dura y primaveral lluvia, las más tempranas y vistosas flores que os dictó el amor a la belleza. Amadla siempre, y vuestra juventud será eterna. El corazón que así siente, y ama no muere.

Vuestro colaborador y amigo:

A. A. C.

Tragedia Floral

I

ENTRE mis papeles viejos
por el tiempo carcomidos,
hojas sinceras que sangran
porque del alma han salido;
entre apuntes y entre croquis,
entre pobres manuscritos,
de llanto empapados unos,
otros que mueren de frío,
vagos perfumes que fueron,
ensueños desvanecidos
que acarició mi puericia,
distantes, viejos amigos,
encontré, en borrosas líneas,
la tragedia que transcribo.
No encumbra filosofías
ni encierra un hondo sentido:
guarda infantiles aromas
de un jardín que no visito,
reminiscencias tardías
del encanto de Aladino.
Con flores, o con mujeres,
ilusiones que quisimos,
pasiones cual blancas rosas,
ingenuidad, desatino;
con locuras adorables
del que forjó paraísos,

con todo, amasa la mente
 cuentos brujos y divinos.
 Esbozo, ensayo, bosquejo,
 vagne solo y confundido,
 ¿Do lo lei?—No barrunto
 ¿Quién me refirió?—No atino.
 ¿Es curiosa la leyenda?
 ¿No es vulgar el tierno idilio
 de trágico desenlace,
 elegía en vez de un himno?
 Nada hay nuevo: tela usada
 y ajeno quizás el hilo.
 ¡Alma sutil de las cosas!
 Como delicado rizo,
 como seco ramillete,
 cual del baile traje antiguo,
 exhaláis la tenue esencia
 del amor que es infinito.
 Alma sutil de las cosas
 ¿quién comprende vuestro ritmo?
 Habláis con notas arcánas,
 sois romanza sin sonidos.
 La carta que amarillea,
 aquel roto manuscrito,
 una tarjeta arrugada,
 algún objeto perdido,
 sedosas cintas, cabellos,
 hojas marchitas, anillos,
 retratos semiborrados,
 cromos ya descoloridos,
 son tristes voces que cantan,
 son remembranzas y avisos
 de las horas que pasaron,
 siguiendo fatal camino.
 Alma sutil de las cosas,
 ósculos que un día dimos,
 lágrimas que se secaron,
 ledos, ahogados suspiros
 ¿quién penetra en vuestras tumbas?
 ¿quién sabe de vuestros ritos?
 ¡Alma sutil de las cosas,
 lamos de amor infinito!

II

Era del lugar asombro
 la rozagante quiteña,
 de cabecita escultórica
 y de blonda cabellera,
 de ojos dulces, melancólicos,
 que estando despiertos sueñan:
 ojos como ascuas de fuego,
 perdición de las morenas;
 ojos que hablan bellas cosas,
 dignas del mejor poema.
 Su boca chica y de grana
 enjoya—rica bujeta—
 dentadura pequeñita,
 de iguales, blancas hileras.
 Esa nariz perfilada
 es la nariz de una helena.
 Canta el cuello alabastrino:
 ¿quién me mira y no me besa?
 La mimada de las Gracias,
 la niña de las ternezas,
 entre encajes vaporosos,
 bogaba en un mar de sedas.
 Sus vestidos, sin saberlo,
 parlan seducción eterna.
 ¡Qué gasas tan transparentes,
 qué bullones blanco y crema!
 Era su carne eucarística,
 como el terciopelo, tersa.
 Como formado de pétalos
 era su cuerpo de reina:
 sangre de lirios azules
 y rosas de la pradera,
 perfumes de margaritas
 y blancos de azucena.
 Botón del pensil de Quito,
 ¿quién no imaginaba que eras
 como la irisada espuma
 de algún lago de pureza?
 En el secreto del alma,

cuántas oraciones férvidas
 la juventud te rezaba
 cual en dorada leyenda.
 Y es posible que inspirases
 versos de emoción sincera
 a más de un chiquillo tímido
 que alzó un ara en su conciencia.
 Botón del pensil de Quito,
 ¿quién no te amara y te viera?

III

Esta quiteña adorable,
 este ángel en brote humano,
 paseábase en primavera
 una tarde por el campo.
 Alrededores de Quito,
 todo luz y todo encanto:
 colinas, huertos, sembríos,
 todo verde, todo gayo,
 todo jocundo y ubérrimo,
 todo edénico y balsámico.
 ¡Qué celaje el de mi patria!
 Aquí el sol no tiene ocaso:
 tiene de rosa y de grana,
 como artista—artista mago—
 las cimas del Ichimbía
 y el Pichincha soberano,
 o ya pinta el horizonte
 de arrebol y nacarado,
 o ya en máculas de sangre
 simula incendio lejano.
 ¡Orientales perspectivas,
 miliunanochescos cuadros!
 ¡Paisajes ecuatoriales
 que en la América son pasmo!
 El Cayambe, allá, domina
 el esplendor de este marco.
 El Cotopaxi siniestro
 fiero humea, al otro lado.
 Cumbres, montañas, abismos
 de esmeralda y albo manto.
 La virgen de esta leyenda,

al discurrir por el prado,
 iba recogiendo flores
 de perfume y tinte vario:
 madreelvas y dondiegos,
 correhuclas color blanco,
 raspillas, lirios del valle,
 campanillas de azulados
 matices, rosas rosadas,
 dalias y claveles pálidos,
 tulipanes, crisantemos,
 pensamientos cual de raso,
 clavequinas, alelfes,
 violeta y jazmín del Cabo.
 En maridaje poético
 iba su cesta engarzando
 tantas delicadas flores,
 tanto brillo y color vario:
 ósculos de margarita
 a donjuán enamorado.
 El crepúsculo eutonaba
 su vespéral, suave salmo,
 en tanto el sol despedía
 los más fulgurantes rayos.
 La quiteña conmovida
 tararea dulces cantos,
 interrumpiendo la augusta
 soledad de aquellos campos.
 El silencio es majestuoso
 cual de natura el regazo.
 Sueño de todas las cosas
 de la noche bajo el manto.
 Alma múltiple, infinita,
 flores, astros, amor sauto.
 En el lenguaje florido
 ¡cuánta elocuencia, qué arcano!
 Viaja por país de flores
 la quiteña con su canto. . . .
 ¿No lo oís? Es argentina
 la trova que ha dedicado
 a las *ñañas* odorantes
 que acaricia con su mano.
 Es una canción ingenua
 de amor puro y perfumado.

MIOSOTA

Modesta y azulada florecilla,
 símbolo de solcítico desvelo,
 ¿por qué tan diminuta, si consuelo
 representa tu amor, planta sencilla?
 ¡Oh, dulce borragínea sin mancilla,
 como es de la amistad el noble anhelo,
 cuando brinda su cáliz, sin recelo
 ni zalamera adulación que humilla!
 «No me olvidéis» te llaman a las veces;
 abnegada amistad la que no olvida.
 De la ilusión cerúlea compañera,
 borra la cerrazón de la quimera
 y al infeliz sabe auxiliar con creces.
 La amistad es miosota de la vida.

Así, con su blando acento,
 la chiquilla tararea.
 Corazón y pensamiento
 son cual brasa que chispea.
 Amor dicta su concento
 Niñas, aves, mariposas,
 oid las gamas afectuosas,
 que os enseña
 la quiteña.

DALIA

Libélulas, abejas, mariposas,
 al dulce despertar de primavera,
 dejando de volar en la pradera,
 por el pensil discurren presurosas.

Desprecian a las flores más hermosas,
 sin jamás detenerse en su carrera;
 mas, por una que en Méjico naciera,
 con pétalos de tintas caprichosas,
 se paran al momento y se complacen:
 su corola de vívidos colores
 les atrae quizás como la llama;

sus pistilos vistosos, que se esparcen,
 prefieren los insectos voladores
 que por ella abandonan la retama.

CLAVELLINAS

Cuando os veo lucir en los jarrones
 de Sévres, o de China en porcelanas,
 y que os riegan y miman las mañanas
 unas manos que flechan corazones,
 desearía—sencillas intenciones—
 cambiarme en clavellinas tan galanas
 y escondido aspirar, en las tempranas
 horas, henchido el pecho de emociones,
 el aliento aromático que exhala
 la boca de esa virgen hechicera
 que os cuida porque sois de ella embeleso,
 porque sois del salón perfume y gala;
 mas también, con el alma, yo quisiera
 a hurtadillas robarle un puro beso,

IV

Así prelude la virgen,
 la de la voz argentina.
 Ella también de sus sueños
 azul alcázar remira,
 recorriendo en su inocencia
 los jardines de la vida.
 La enlutada noche avanza
 y al reposo nos incita.
 Prende el cielo sus faroles
 y descorre la neblina,
 abriendo el balcón agosto
 para que Diana sonría.
 Hay fervidas serenatas.
 Diosas de amor las inspiran.
 Hay procesión de galantes
 en la arcana láctea vía.
 Las estrellas parpadean
 y se ven fugas lumínicas.
 Fenecido su paseo,
 la quiteña se retira

a su lindo gabinete
 que a descansar le convida.
 Alfombra su casta almohada
 con sus flores preferidas,
 unas pocas, las más suaves,
 que aspirarlas es delicia.
 Del velador apartadas
 las demás, tal vez suspiran,
 porque no oyen los latidos
 del corazón de la niña.
 En amplio jarrón de Sévres
 prisioneras ¿qué conspiran?
 Agua recubre sus tallos
 que atados fueron con cintas.
 Una artística mampara
 las separa de la niña.
 Ya de su mórbido cuerpo
 desciñe la bata fina,
 deshace las rubias trenzas
 y su cabellera riza.
 Sus zapatitos va abriendo
 y desabrocha las ligas.
 Para dormir, se ha cambiado
 su vaporosa camisa.
 Entra en su lecho de plumas
 y con gracia se reclina.
 Antes de eclipsar la luz
 que refulge en su pupila,
 antes de cerrar la llave
 de la eléctrica bombilla,
 semidesnuda y alegre
 a sus flores acaricia,
 al puñado predilecto,
 entre besos y sonrisas.
 Las del jarrón están lejos,
 pero todo lo adivinan,
 Tras del cristal, atisbando,
 primero se ruborizan,
 algo susurran después,
 algo tramán, algo intrigan;
 despreciadas se sospechan
 y más enrojecen de ira.
 Como un ángel de inocencia

cerró los ojos la niña.
 ¡Quién la viera recostada!
 ¡Quién contemplara a la niña!
 Cuentan que amoroso al punto,
 con sus badas de armonía
 Morfeo apagó las luces
 y al silencio dió consigna.
 Por los mundos del señuelo,
 en alas de poesía,
 viajando va la quiteña:
 en su dulce faz se pinta,
 como rayito de aurora,
 una ligera sonrisa.
 Sueña con bellos castillos,
 numen de su fantasía,
 en tanto que, avergonzadas
 las pintadas margaritas,
 van plegando sus corolas
 y tiemblan las campanillas.
 Las rosas y los claveles,
 sea de rubor o envidia,
 cabizbajos se han quedado,
 añorando unas mejillas
 De miosotis y de dalias
 los petalitos titilan.
 Si los cremas crisantemos
 de dolor se destefían
 y el lirio viste de luto
 ¿qué sucederá a la niña?
 Sólo las adormideras
 su letal cáliz abrían.
 Combinando con sus néctares,
 una tentadora brisa
 que ponzoñas disimula,
 en sopló sutil le brindan,
 como un balsámico aliento,
 a la virgen adormida,
 las rivales del jarrón,
 implacables enemigas.
 Ella, al principio, sonríe
 y suavemente respira . . .
 Después, el letal befeño
 armas de sopor afila

V

Piedad o remordimiento
 a cual más aguda espina,
 una por ajenas flores,
 otra por las propias cuitas.
 La quejumbre de las almas
 suele abrir hondas heridas.
 El gusano que nos roe,
 la triste conciencia mina.
 Dan guirnaldas al que triunfa,
 coronas al muerto brindan.
 ¿Qué de emociones insólitas
 a las flores sacudía?
 Rasgadas están algunas;
 del rico jarrón salidas;
 otras yacen por el suelo,
 entre la alfombra marchitas
 Gotas purpúreas resaltan
 y despojos cual de riña.
 ¿Combatieron por la virgen
 algunas flores amigas?
 Todo un volcán de perfumes
 que aduerme, embriaga y asfixia,
 esparcido por la estancia
 al pobre oxígeno vicia.
 Se retuercen y se enfadan
 las pugentes florecillas
 contra fieles correchuelas
 que sollozan en silencio,
 compadeciendo a la virgen
 que en su gélida agonía
 dilata el mórbido pecho
 y aire puro solicita.
 Humilladas por los dones
 de la joven que declina,
 siguen saturando el aire
 de embriagadoras toxinas.
 No perdonan su tersura
 ni los besos de otros días,
 y a morir la han condenado
 por el crimen de ser linda.

Eres sentencia de muerte
 belleza moral y física.
 Los Tabores de victoria
 son Calvarios en la vida
 para Abel, virtud hermosa,
 hay Caínes fraticidas.
 Antes de proclamar reina
 a la que provoca inquina,
 fraguan contra la inocencia
 de baja tristeza heridas
 ¡A cuántos ha despechado
 la ajena Belleza y dicha!
 De la vil pasión esclavas
 y del récelo son víctimas.
 También contra la violeta,
 tan moderada y tan tímida,
 el odio de sus hermanas
 estalla como una mina.
 Al soberbio y fatuo brillo
 que como espuma se irisa,
 más enfurece la suerte
 del que humilde se resigna,
 del que calla con prudencia
 y sus rencores domina.

VI

En secreto confabúlanse,
 en idioma que es enigma
 que sólo entender pudieran
 Salomón y Sulamita
 Y arruinar a las aliadas
 de la quiteña dormida
 juran las bellas tiranas,
 juran las bellas melíficas,
 disimulando su intento
 con sardónica sonrisa.
 Pronto cambiarán el rostro
 sonrosado de la niña
 en la palidez de cera
 o en el viola de la asfixia.
 La conspiración eusaya
 su venganza apeteceida,

terrible como son todas
 las de las hembras heridas
 en su frágil amor propio
 o si el celo las incita.
 Mujeres, flores, bujetas
 pandóricas de la vida,
 adversarias sois temibles,
 si en la hermosura ofendidas:
 tiranas, matais al punto
 con dulzura en la sonrisa.

VII

Cuando el sol de la mañana,
 entre rayos juguetones,
 por las rendijas entraba
 de la alcoba donde amores
 soñó de color de rosa
 la inocente y gentil joven,
 ya su crimen consumaron
 sus rivales crueles flores
 que pospuestas se creyeron
 por la quiteñita noble.
 Van a brindarla sus mieles
 y de su aroma los goces;
 van a besarla en los labios
 y embriagarla con traiciones
 ¡Temblad si la miel es tóxico:
 que las entrañas corroe!

VIII

No de las aves los trinos
 ni del viento los rumores
 ni el canto de su jilguero
 ni del reloj el retoque
 despertaron a la linda
 que en la cama yace inmóvil.
 ¡Qué apacibles pensamientos,
 qué doradas ilusiones
 arrullaron en el lecho
 a la virgen pura y noble!

De sus brazos de albor, tiende
 desnudo el uno por sobre
 sus sábanas impecables
 que cuelgan del lecho al borde.
 De la camisa el encaje
 deja ver algo el escote.
 La otra mano se encamina
 en dirección a las flores,
 y su cabeza se inclina
 y en el velador se esconde.
 En actitud de besarlas,
 sus labios encantadores
 se han alargado, en un *riclus*
 que amaratados los pone.
 ¿Pero qué tiene la niña
 que a nadie ve ni conoce?
 Pesados están sus párpados....
 Aunque le llaman, nada oye....
 Las flores han consumado
 el conciliábulo inmóvil:
 con el matador carbono
 que exhalaban por la noche,
 a su rival envenenan
 de envidia de sus primorés,
 librándose para siempre
 de la que eclipsó sus goces.
 ¡Oh, negras rivalidades
 que así culutáis corazones!

* * *

Cuentan crónicas vetustas,
 lamentan historias justas
 que aves, jóvenes y flores,
 en remembranza de amores
 salmodian voces róbustas
 ¿Son protestas o elegías
 que añoran mejores días
 y por la quiteña lloran?
 ¿Ayes que castigo imploran
 contra crueles felonías?
 ¿Son trios de ruiseñores?

¿Son quejas de trovadores?
 ¿Son lamentos de la brisa?
 ¿Es la fuente que desliza
 el llanto de sus amores?
 Yo no sé, pero es el caso
 que esto cantan al ocaso,
 cuando el cielo un capuz finge,
 como un suspiro de raso:

«Quiteñita de ternura
 que en las mañanas de Mayo
 como paloma de ensueño
 comenzabas a arrullar,
 vuelve al fondo de mi nido
 que calentó el suave rayo
 de aquel sol de mis anhelos
 y mi amor primaveral.

Mi juvenil fantasía
 que se nutre de ilusiones,
 con tus arrullos, paloma,
 acrecentó su pasión;
 mas pronto tendiste el vuelo
 hacia olvidadas regiones,
 dejando en ruinas el nido
 de mi pobre corazón.

Al ver que rápida huíste
 al país de lo imposible,
 marchitárouse mis sueños
 con el frío del dolor;
 sacudió el árbol sus hojas,
 mirando que no es factible
 la primavera del alma,
 arrullada del amor.

Como rosas sin perfume,
 se esparcieron por las ruinas
 las perdidas esperanzas
 que acarició el corazón:
 en sus jardines hoy brotan
 sólo cardos, sólo abrojos,
 sólo plantas de aliección.

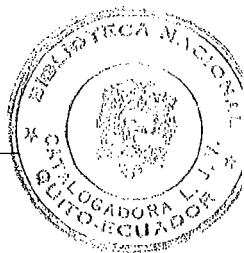
Quiteñita, torna al nido
de mi pecho que afligiste;
vuelve a arrullar en las ruinas
del desolado pensil,
y verás que, renaciendo
las flores de este amor triste,
hermoso ramo te ofrenda
mi entusiasmo juvenil».

* * *

Cesa el canto. El alma múltiple
de las cosas viste luto.
Llanto impalpable es tributo
del dolor universal.
Juventud, alma gigante,
si entouásteis elegías,
retemplad las energías
para combatir el mal.

Alejandro ANDRADE COELLO.

Quito, a 24 de Mayo de 1918.



2-2-2.11.

7-

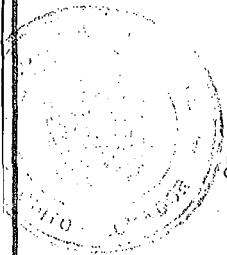
cuador

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

RODÓ

El Mirador de Próspero.—Motivos de Proteo.
—Ariel.—Bélgica y Rodó.—Algo acerca
de Montalvo.—Cartas de Rodó.

CUARTA EDICION



QUITO - ECUADOR

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1917

Envío del autor

Quito a 12 de Junio de 1917

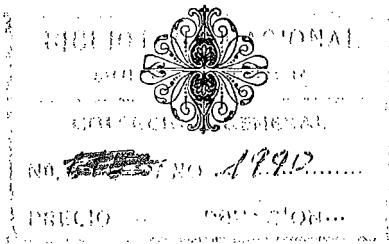
ALEJANDRO ANDRADE COELLO

1-840-AM
No. 4 (866) Andrade
1917

RODÓ

El Mirador de Próspero.—Motivos de Proteo—
—Ariel.—Bélgica y Rodó.—Algo acerca
de Montalvo.—Cartas de Rodó.

CUARTA EDICIÓN



QUITO - ECUADOR

Imprenta y Encuadernación. Nacionales

1917
000 J.

Al Sr. Dn.

Nicolás Jiménez,

Concienzudo crítico y psicólogo
analizador, — sin egoísmos ni intransi-
gencias de secta, tan modesto co-
mo distinguido literato, — dedica estas
páginas, cariñosamente,

El Autor.





RODÓ

El Mirador de Próspero

«Rodó ha fallecido en Roma». Tal el desolado *pentaverbo*, la escueta comunicación cablegráfica que se ha recibido de Montevideo. No sé detalles ni sé de los funerales regios al que fue Monarca de la lengua castellana en la América Española y Príncipe del pensamiento en estas virginales tierras que escucharon con devoción su verbo educador, rebotante de dulce idealidad y henchido de vehemencia americana. Si en el santuario del arte—entre las rosas eternas que regó con la savia de su corazón—ha exhalado su último suspiro, no pudo su patria, a la que tanto amó, besarle en la frente y cubrirle con su bandera, como con un sudario sacrosanto. Enlutada América, irá en pos de la fúnebre odisea—como una teoría de vírgenes afligidas—derramando lágrimas sobre aquellos mortales despojos que tor-

narán al sarcófago natal, embalsamados ya por la inmortalidad, que le ha unguido con óleo de la gloria, como a augusto *sacerdos* de la América.

En representación del inmenso semanario *Caras y Caretas*, marchó a Italia, a palpar la tragedia horripilante y escribir emociones de la guerra. ¡Cómo su alma pasional y eurítmica se pondría de rodillas para rezar sus oraciones líricas en la tierra pasmosa del recuerdo, en la Roma, señora de las cumbres!

A su paso por las ciudades europeas, le recibieron reyes y presidentes en audiencia, le acataron los centros literarios y la prensa le dijo su epinicio. Era el enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario espiritual del nuevo Mundo ante los corazones que aman la justicia, que admiran la idealidad del alcázar latino, sobre el que flamea la nunca arriada bandera del Quijote, y que guardan el relicario del arte, protegiéndole contra todas las iniquidades del mal y los monstruosos golpes de la fuerza.

A veces me imagino que la vibración eléctrica ha mentido, que Rodó, armonizador de la cadenciosa frase con la música del pensamiento, no ha muerto; que se trata—por más que la parca sea consagrada vulgaridad—de una pesadilla capaz de conmover al Chimborazo.

Es de tal magnitud—en la que entran amistad y cariño de lustros—la escueta noticia, que nos deja perplejos, como ante lo fatal y súbito que no se entiende, como ante la catástrofe que nos embarga.

Intimar con aquella alma, era saber de sus trabajos llenos de unción ética, de su activo apostolado de prensa, de su melodiosa y estética labor de cátedra, de sus generosas luchas de tribuno, de su tolerancia razonadora, de la amabilidad y poesía de preceptos que difundió con finura de artista.

¿Por qué, en el travieso revolcar del pensamiento, insistir sólo en el aprecio de la faena de los hombres meramente por su aspecto literario y artístico? ¿Temeremos entrar en el lamedal por miedo a caer de bruces? Y, precisamente, los que menos han resbalado nos admiran más: pudieron dar boca abajo en el fango, pero su carácter les detuvo, su vocación de belleza les salvó, por milagro de pulcritud y desdeño al vulgar vicio.

Malparar las almas con impía delectación, es de perversos; pero piadosamente escrudiñarlas es saludable: es lo humano, que hecha a la trastienda lo literario, lo retórico, el verso vacío y pulido para no envedijarse entre la hueca palabrería. La blanca zalea nos cautiva más que la sangrienta piel del león, lo sencillo antes que lo afectado, los buenos antes que los inicuos de genio.

Si averiguáramos siempre por el hombre y no meramente por su máscara, más sinceridad y valía estuvieran floreciendo en la tierra. Por sólo la lozana chala no juzguemos del maíz. El gusano puede arteramente encerrarse dentro del que supusimos succulento grano.

En cambio, otras vidas han la diafanidad del cristal, como la de Rodó, en todos sus actos hasta el postrer momento, tan inesperado como doloroso.

A veces me imagino que su corazón de oro, estrujado por la elegía europea, sangrando por las angustias y torturas de Bélgica la heroica, lacerado por las múltiples y hondas heridas del enfurecido y vesánico Viejo Mundo, se ha dado en holocausto de la humanidad, en alguna colosal hoguera, en medio de las huestes aterradas.

Otras creo que todavía alienta su espíritu sutil, que derrama su pluma cascadas de melancólica armonía para la revista bonaerense, que su inspirada prédica presagia el triunfo de Ariel sobre Calibán, en polvo ya todo jacobinismo, borrada toda huella belicosa. Ayer no más—en Septiembre de 1916—clamaba por el respeto a Venecia, «tesoro humano de tradición y de arte». Y a los estudiantes venezolanos de la Real Universidad de Pisa les decía:

«Siempre fue sentimiento «americano» el entusiasmo generoso por todo lo noble, por todo lo desinteresado, por todo lo grande, y recíprocamente la repulsión instintiva por los abusos de la fuerza, por las torpezas de la barbarie, por las perversidades de la iniquidad. Digna es, pues, de ese grupo de juventud americana tan oportuna iniciativa, que ha de propagarse con la celeridad del relámpago, por la extensidad de nuestro Continente, reuniendo en un sentido único el

corazón y el pensamiento de las nuevas generaciones.

«Mueve a Uds., además, un estímulo de «latinidad», que interpreta también el íntimo e imperecedero sentir de nuestra América; y ese estímulo se confirma en Uds. por el amor y gratitud que justamente los vincula a la nación gloriosa en que completan su formación intelectual, al amparo de la más franca de las hospitalidades.

«Rasgos y aptitudes así manifiestan que la juventud de Venezuela permanece fiel a la consigna ideal del gran Libertador

«No olvido nunca la muestra singular de consideración y de afecto que debo a la «Asociación de Estudiantes Venezolanos» de que son Uds. miembros fundadores. Sé que lejos de la patria la mantienen Uds. subsistente, y yo ratifico, hoy más que nunca, mi vinculación con ella, y deseo que Uds. consideren que, dondequiera que dos de sus asociados se reúnan, para hablar de nuestra América y de su porvenir, allí estará mi espíritu, allí estarán mis más fervientes votos y mi voluntad más decidida».

Potente generosidad, anhelo justiciero le animaron entre chicos y grandes, buscando en todos las flores y olvidándose de las espinas. Lo que en sentida oración pronunció al ser inhumados los restos de Samuel Blixen, vicepresidente del «Círculo de la Prensa», debería aplicársele, extendiendo el duelo a la América latina: «Una sociedad entera le llora, pero hay una parte de la sociedad que

singularmente debe llorarle. Para nosotros, escritores y artistas, los que hemos consagrado lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra existencia a labrar, en el alma de un pueblo nuevo e inestable todavía, un refugio para el pensamiento desinteresado, un refugio para la meditación, un refugio para el arte, la extinción de esta vida es una gran fuerza que nos falta, una gran voz alentadora que muere en el silencio, una gran soledad que nos desconcierta».

Por desgracia, no se qué corriente ponderativa y de exagerado aplauso está vulgarizando el vigor, está profanando la santidad de ciertos vocablos que convendría usar en las grandes ocasiones, como las palabras mágicas de algunos ritos que se pronuncian una vez al año, con respeto y temblor sagrados. Entre estas santas denominaciones está la voz *maestro* que me causa indecible impresión cuando mis labios la vierten, que mi pluma se conmueve al escribirla, como si trazara un signo cabalístico pleno de prodigios.

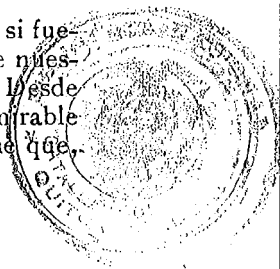
A Rodó, por aristocrática alcurnia, le corresponde el dictado de maestro de la juventud, en la augustal misión del claro nombre. Los americanos, sobre todo, le somos deudores de muchas ideas de encumbramiento. Lo que él expresó de Blixen le corresponde, cual a ilustre maestro, de legítimo derecho: «Todos los que manejamos una pluma, o un instrumento de arte, todos le debemos un estímulo, todos le debemos una esperan-

za, todos le debemos una parte de nuestro nombre y de nuestra consagración».

América le estará perennalmente agradecida. Su espiritual y profundo análisis de Bolívar—todo un poema en rauda prosa—es una de las más grandes concepciones del genio. Admira en un escritor del sur del Continente—donde son más adictos a endiosar a héroes meritísimos, pero que están en segundo y tercer plano al parangonarles con el Libertador—tan luminosa compenetración del alma multiforme y ciclópea de Bolívar. Rodó no podía menos de hacer justicia al que le llama por siempre y para siempre «insuperado Héroe Epónimo».

De modo singular la Argentina no podrá olvidarle, ya por el estudio de su tradición intelectual, en la que fulge el hercúleo adalid Juan María Gutiérrez, ya por su serena simpatía a Sarmiento, maestro en la escuela y en la patria, ya por su fervor filosófico al evocar el medio ambiente en que surgieron el citado Gutiérrez, y Mitre, y Alberdi, y López y tantos otros batalladores por la cultura nacional, con la acción, con la pluma y con la verba, ya, en fin, porque, hasta los últimos días de su fructífero existir, trabajó mentalmente en una sólida empresa literaria bonaerense, de universal información, y estable vida.

¿Y qué decir del Ecuador? Cual si fuese un viejo compatriota, habla de nuestras intimidades características. Desde la época colonial nos pinta con admirable intuición y un espíritu tan ecuánime que,



por entre odios y banderías, por entre zarzas y matorrales, por entre los intrincamientos de nuestra política, se abre paso ufano, en busca siempre de la verdad, tendiendo siempre a seguir la vereda ancha y despejada: la imparcialidad, la justicia distributiva, el toque sereno, el fallo que se dicta después de larga meditación. De mano maestra, por la riqueza de colorido, fidelidad y detalle artístico, el marco del cuadro dentro del cual se escorza, radiante e indignado, Montalvo. Gigantes los dos contendores: García Moreno que pasó a ser Presidente «desde una cátedra de la Universidad» y el Cosmopolita, fulminador insuperable con «la heroica crudeza de aquella guerra de pluma».

Ambos fueron individualidades típicas que consolidaron una época y un encontrado orden de cosas en la nación ecuatoriana.

La suma de todas las sociedades constituye lo que llamamos *humanidad*. Conjunto de muchos órganos es la sociedad, universalmente considerada: el individuo, la familia, el municipio, el territorio, la nación o sociedad particular, la familia de naciones o sociedad internacional; pero lo que forma dichos órganos es el individuo. De las condiciones y carácter de éste, se deduce la fisonomía de la sociedad. Muchos individuos buenos, harán una agrupación buena; individuos dañados, mala. A veces también un solo individuo, malo o bueno, influye notablemente en la vida de la sociedad particular

o nación. Si ésta es gobernada por feo enano de alma y cuerpo, como en el estado indio de Bokak, de más de un millón de infelices, el país será desgraciado. Si los destinos de la nación están en manos de un gigante físico y moral, cuánta felicidad para los individuos, qué honor para el conjunto de sociedades, o sea para la humanidad.

Un magistrado sorprendente, cíclope americano, está inspirando, a despecho de sus enormes errores, respeto al mundo. Sería orgullo del continente más civilizado, de borrársele sus rigores de Torquemada. En teatro reducido, el Ecuador, nació para colmarle de bienes materiales, aunque usurpándole muchos morales. Encadenó su conciencia, sujetándola al poder extranjero. Modelo de caracteres, su actividad rayó en lo inverosímil. El Ecuador, en recompensa, le dió un puntapié mortal, en las gradas mismas del palacio gubernativo. García Moreno cayó fatalmente en pleno día: el rayo de sol apagaba el humo. Otro gran temperamento, Eloy Alfaro, en hora meridiana, corrió más trágico albur. ¡Suerte de los magnos conductores de multitudes!

García Moreno nace el 24 de Diciembre de 1821. Once años más tarde, el 13 de Abril de 1832, Juan Montalvo. (1) De padres probos, de procedencia española: el primero de Villaverde, en Castilla la Vieja, de donde fue don Gabriel

(1) Rodó dice en 1833. (Página 207 de «El Mirador de Próspero»).

«García Gómez que casó en Guayaquil con la hija de Dn. Manuel Ignacio Moreno, doña Mercedes Moreno; el segundo, de Andalucía: por su progenitor Dn. Marcos Montalvo, hijo del Chimborazo; pero de cepa española. Ambos manifiestan afición al estudio desde la infancia. A los siete años García Moreno ya sabe leer y escribir al dedillo y se inicia en la gramática latina, que la aprende en doce meses.

Pronto queda huérfano. Como sus padres habían perdido considerable fortuna, la carencia de recursos le fuerza venir a Quito recomendado a los hermanos del mercedario José Betancourt, su maestro de primeras letras. El Dr. Manuel Angulo viene a ser su profesor de Filosofía en el Convictorio de San Fernando. Por esas aulas había de pasar, años después, el genial joven Juan Montalvo.

La predilección por las ciencias exactas crecía en García Moreno, a medida que sabios libros, raros en esa época, iban a sus manos, como los clásicos a las de Montalvo, apasionado por las lecturas magistrales.

Al Dr. Francisco Santur Urrutia que le insinuaba escribiese la historia del Ecuador, le respondió: «*Mejor es hacerla*», lo que revela al hombre del futuro, que en 1846 ensayaría sus energías cerebrales de fustigador político en *El Vengador* y *El Zurriago*. Asiste a las clases de matemáticas del ingeniero Sebastián Wisse con el que en científica exploración escala el Pichincha.

García Moreno gustaba del aislamiento al igual de Montalvo: éste iba a un ribazo del río Ambato a sumergirse en hondas meditaciones; aquél a una cueva de las breñas del Pichincha a engolfarse en profundos libros.

Estos dos personajes de epopeya, con todas sus arrogancias geniales, varones eruditos ambos, diametralmente opuestos en sus ideas, más científico el uno, más literato el otro, de temple de acero ambos, de indomable valor ambos, grandes en lo físico, inmensos en lo moral, con un océano de por medio, desfilan por la historia ecuatoriana como si Homero, en exámetros sempiternos, les hubiere evocado: Rodó les analiza. Si el Montalvo batallador, si el Montalvo político, si el Montalvo que educa a la sociedad y le despeja sus horizontes, si el Montalvo visionario del liberalismo se destaca del cuadro entre olímpicos rayos y pinceladas de matiz certero, el Montalvo literato llega a la cima de la perfección, a la cúspide artística desde el divino taller—su luminoso escritorio—de Rodó, escrupuloso orífice de la frase.

Se alza—leed el *Mirador de Próspero*—el cultor de la belleza con triunfales arrestos, vestido de pontifical para magnificar el verbo numeroso, el Amazonas retórico de Montalvo. En medio de la tersura de la forma, que nunca el concepto de impecable le pudiera corresponder con más justeza, reverberan las fascinaciones de su erudición que pasmarían a un benedictino. Menéndez Pelayo devoró

cosa de seis mil volúmenes, para escribir la *Historia de las Ideas Estéticas en España*. ¿Qué biblioteca encerró Montalvo en su cabeza, fruto de sus formidables lecturas en Europa, para escribir en un pueblo como Ipiales tantos libros luminosos, allí donde no los tuvo ninguno a su alcance y sólo le rodearon sombras?

Quizás allende, meditando y reconcentrándose en sí mismo, adquirió la conciencia de su estilo. A través de los raudales de su inspiración, se remontó hasta las fuentes psíquicas.

El estilo es mina prodigiosa: cabando aquí, desbrozando allá, desenterrando esto, profundizando aquello, se halla oro y diamantes. La excavación nos vuelve millonarios: en las entrañas de la naturaleza, en el seno de la sociedad, en la reconditez del corazón humano están latentes la riqueza de vocabulario, la palabra indispensable, la frase precisa, el giro adecuado. Quien fue uno con Cervantes en el decir y en el sufrir, muy natural que conozca la cantera del estilo y extraiga de allí los bien tallados bloques para sus construcciones admirables. En gran parte entraba en la magna edificación la sinceridad, aquella textual sinceridad de Jorge Elliot que para sus representaciones procedía como con juramento, como una declaración ante testigos fidedignos.

Montalvo y Rodó, exquisitamente sinceros, dominaron las rebeldías del estilo hasta volverlas madejas de seda, se familiarizaron con el secreto de la palabra,

supieron dar con el término preciso, evocador de la emoción augusta. Uno y otro también fueron americanistas insig- nes, artistas del criollismo.

Y aquí conviene un alto en la jornada: hasta aclarar la manera como la tan de- batida cuestión de la literatura criolla ha- sido comprendida y apoyada por muchos escritores de nota que han vencido las cuarentenas de la mediocridad y las resis- tencias de ciertos monopolios intelectua- les que están abarrotando el talento para ponerlo, ellos solos, el precio que les da la gana.

El arte es universal: todo entra en sus dominios. De su soberanía puede expre- sarse sin jactancia que es cosmopolita. Lo mismo impresiones de las más apartadas tierras, que viajes al rededor del estrecho cuarto, que subjetivismos ante el reduci- do solar,—si bien concebidos y mejor ex- presados están,—como joyas artísticas, como tesoros los guardaremos. Pero cuan- do sobre el excelso desinterés artístico flota un fin ético, social y patriótico, magnificar el criollismo es obra grande, que resulta fundamental. Si para el arte no se han grabado las férreas letras «de aquí no pasaréis», creo que no es limita- ción, estrechez ni despropósito aconsejar: «preferid los linderos de la patria», sobre todo cuando la patria nueva está recons- tituyendo leyes, sociedad, política, letras, todo. Aspirar a una literatura nacional, amarla, hacerla valer, no despreciarla ni deshonrarla porque no es parisiense ni exótica {no es santa y justa aspiración,

por más que la motejen de candorosa los atacados de *snobismo*? Claro que el criollismo a que se aspira debe ser artístico. Que la nota de distinción y buen gusto palpite tanto en la escena popular y diminuta como en los épicos motivos nacionales. No es un criollismo pedestre y grosero que, por prurito de exactitud fotográfica, estropee la lengua vernácula, infle de vulgaridades la producción literaria y caiga en amaneramiento desesperante. La tendencia es noble, nobilísima ¿qué culpa se le atribuirá si el artífice es inexperto, si el escritor es *chambón*? Si en una exposición de pintura—lo recuerda Guyau—se les ocurriese a todos los artistas presentar cuadros de monos, no habría por qué desconocer el mérito de las telas, la exactitud de esta mueca gimiesca, la vivacidad de aquella contorsión, la chatura fielmente reproducida del feo orangután, la ridiculez del chimpancé, todo sería arte. «Es perfectamente admisible que la obra maestra de un salón de pintura sea un mono; pero es triste el confirmar que el gesto impreso sobre el rostro de ese mono haya sido en modo alguno el tipo y el ideal secreto perseguido en la mayor parte de los cuadros o de las estatuas medianas del mismo salón: todos esos artistas han soñado con monos, no con hombres, al componer sus obras; antes había sonrisas convenidas y fijadas, hoy son contorsiones convenidas, gestos determinados». Tal el criollismo mal entendido, remedo de lo que está llamado a ser bellamente huma-

no, social y grande: el sentimiento de la patria que es la carne y la sangre de las obras literarias de arte aquilatado. ¿Cómo discutir la nobleza del empeño? (1).

El amor y tendencia de Rodó a las letras nacionales se traduce en un prócer gesto americanista, fino y delicado, lo mismo cuando ensalza al nonagenario poeta Guido Spano que cuando alienta a los obreros del Uruguay, lo mismo cuan-

(1) Grábense en bronce estas palabras de su discurso pronunciado en la velada literaria que, en conmemoración de la toma de las Misiones, celebró el «Club Rivera» de Montevideo: «Yo nunca fui oficioso cultivador del tema patriótico; yo nunca fui sobrado solfíto en pregonar las glorias marciales; pero, por suerte mía, todas las sutilezas de mi afición a pensar no han alcanzado a amortiguar en mi pecho ni a paralizar en mi lengua las fibras que responden a estos dos afectos venerandos: el sentimiento de la patria, sin el cual no hay corazón de hombre que sea más que un vil saco de polvo y la admiración del heroísmo guerrero, energía sublime, rayo ejecutor por cuyo medio se comunica la nube, que es la idea, con el suelo, que es la realidad».

Refiriéndose a Montalvo, dice: «Mientras estuvo en París, visitador asiduo del Jardín de Plantas, gustaba demorarse, con la terneza del amor reconciliado por la ausencia, frente a todo lo que despertaba en su espíritu la imagen del terruño: «el cóndor de los Andes, la ortiga de América, la coronilla; el gallo tanisario, de canto solemne y melancólico».

A propósito de las *Moralidades* de Barret, fija así su americanismo, anhelo de literatura nacional y disgusto por los flamantes *extranjerizados*: «Hay cronistas de fama europea que, escribiendo fuera del bulevar, no tendrían nada interesante que decir a nadie, y que, aún escribiendo desde el bulevar, son incapaces de comunicar a una página más que el interés efímero de la novedad que cuentan y comentan. Ud. escribe desde una aldea de los trópicos y para el público de Montevideo».....

Con razón, bella y hondamente expresa Coppée que tornar al país es volver a ver a nuestra juventud:

«*Car revoir son pays, c'est revoir sa jeunesse*».

do prestigia y da el abrazo de enhorabuena por la novela de costumbres *La raza de Caín* a Carlos Reyles, que cuando describe las fiestas populares rioplatenses, lo mismo cuando conmemora el centenario de la independencia de Chile que cuando recuerda al gaucho Facundo o al Martín Fierro de las pampas argentinas y añora el edénico paisaje de Tucumán, «tierra encantada». Todo lo levanta y dignifica al través de la despejada y excelsa galería de Próspero, vasto pabellón desde el cual su vista se explaya, más allá de los policromos horizontes, hasta los confines de la gran patria americana. Dentro de su afán nacionalizador, no es artista de una sola cuerda, de un solo pincel y único libro: es multicorde, matizado y numeroso. *La humanidad* americana es su magna obra de variadas páginas y capítulos amenos, de los que, entre el hálito de la tierra, se desprende bálsamo embriagador y volátil. Se dirían como perfumados de un amable aristocratismo, cual si encerrasen las suaves esencias de la originalidad y del buen gusto, de la distinción y la gracia magníficas, del idealismo y la bondad sinceros.

El maestro cerró su pulcro libro, que afligidos enlutan los lectores, murmurando los salmos del cariño. Ha bajado el maestro para siempre del alto mirador de sus ensueños, pero queda viviente su parábola y abierto su balcón de visionario. El *requiem* repercute por América como una sinfonía de apoteosis. Ariel alado,

Ariel juvenil triunfa. Próspero subyugó los corazones. Su tumba estará siempre florida y el rosal de idealismo siempre fresco. El viril rey, el mago de la frase, el patriota hospitalario que franqueó los palacios de su mente, quiere ya, en el silencio del cenotafio, «estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma». Ha traspasado las zonas del misterio. En el umbral, sus fervientes discípulos montan la guardia de honor, en tanto que se despierta a la inmortalidad el divino Proteo de las almas.

Motivos de Proteo

Corría el año de 1902, cuando recibí, con amable dedicatoria de su autor, Ariel, manjar nuevo, esquisiteces no paladeadas aún en tierra ecuatoriana. Inmediatamente hice saborear a mi compañero del *Círculo de Instrucción Libre*, Gonzalo Zaldumbide, el educador libro, y de él brotó, meses después, el magnífico discurso del mismo nombre: *Ariel*, pronunciado en el paraninfo de la Universidad por el entonces crítico en embrión, que más tarde estudiaría profunda y galanamente a Henri Barbusse y Gabriel d'Annunzio (1). Y al dedicarme Gonzalo

(1) «Y en medio del amable silencio con que tácitamente prometéis escucharme, pareceme que secretas voces alentadoras vienen a mí desde vosotros y murmuran a mi oído: hablad, que palabras de entusiasmo y de franqueza llegan vibrando misteriosamente al fondo de toda alma juvenil.—¡Entusiasmo y esperanza!—Palabras que acuerdan a mi mente de cierta plática íntima, fresca de alientos juveniles, generosa de nobles estímulos, que, ha largo tiempo, suelo oír de los invisibles labios de *Ariel*, de ese

su simpática labor, me decía ingenuamente: «Querido amigo:—la generosidad con que Ud. se dignó prestarme el precioso libro de Rodó, obliga mi gratitud, pues sin aquélla, estas páginas no habrían sido escritas. El recuerdo de su buena amistad está, pues, ligado a ellas, y al dedicarle muy especialmente este primer ejemplar, lo hago como prueba de mi muy vivo agradecimiento.—Gonzalo Zaldumbide». Y desde entonces, conserva como oro en paño el ejemplar que quizá le acompañó en sus viajes a Europa. Tan ignorada era la obra de Rodó, que cuando escribí en una revista guayaquileña la palabra que, como emblema del ideal, se contraponen a Calibán, cierto crítico incipiente preguntóme *qué cosa* era Ariel. Tuve que explicarle piadosamente por la prensa, citando a Shakespeare y a Renán.

Había leído de Rodó el magnífico prólogo, revolucionario en su género, con que el de la sutil literatura de ideas y de sentimientos presentaba a Rubén Darío

alado espíritu de luz que inspiró las páginas del libro de un profundo y genial pensador: de Rodó; palabras que me atraen con sugestivo encanto, a hablaros de lo que él habla. Nobleza me obliga, pues, a rendir,—como tributo de admiración agradecida,—el homenaje de declararme, en la solemnidad de esta ocasión, como *portavoz* de aquel desconocido, lejano Maestro y amigo que, en hora para mí dichosa, llegó a sembrar en mi mente el germen de todas sus nobles idealidades».—*De Ariel.—Discurso pronunciado por Gonzalo Zaldumbide en la Distribución de Premios de la Universidad Central del Ecuador, verificada al fin del año escolar de 1902 1903.—Edición oficial.—Quito.—Imprenta de la Universidad Central.—1903.*

en *Prosas Profanas*, haciendo más por esas extrañas poesías—de sibarítico sabor, pero desprovistas de emoción humana y ardiente soplo pasional—que todas las propagandas de los clarines editoriales. Rodó es inconfundible. Aunque no hubiera firmado ese prólogo ni otra de sus obras, no podría jamás viajar de incógnito por el mundo de las letras: su diáfana prosa le delataría a cada momento.

Después de *Ariel*, mi viejo amigo uruguayo me anunciaba el envío de *Liberalismo y Jacobinismo* y, por último, no ha mucho, llegóme, como recuerdo, *Motivos de Proteo*. (1)

De él voy a trasmitir las ideas que se me agolpan. Su lectura es sugestiva. Convida a meditar. Sería inmenso, interminable lo que se pudiera decir de esta obra inquisitiva, inagotable como el mar, llena de cambiantes como él, de bellísimos paisajes y a veces de aguas tristes y dormidas, de tanto cabar en el problema del vivir, de tanto filosofar en el flujo y reflujo de la existencia, en su eternal *devenir*, «abierto sobre una perspectiva indefinida».

Rodó es el tipo del intelectual. Y aquí conviene fijar el concepto de lo que yo entiendo por intelectual. No lo es el hombre de alma bronca que alguna vez

(1) He recibido posteriormente el admirable libro *El Mirador de Próspero* con esta bella dedicatoria: «A Alejandro Andrade Coello, brillante y generoso espíritu, con el afecto y la gratitud de su amigo que no le olvida.—José Enrique Rodó, Montevideo, 1913».

pare dolorosamente algún horrible feto literario, sea en prosa, sea en verso, y se queda años de años en el silencio, como curándose las heridas y los esfuerzos de su aborto; no lo es quien se las da de periodista por cuatro abominables editoriales de casera política que cojean por su forma y por su fondo; no lo es la gente intonsa que nada sabe del movimiento pensador moderno, por más que figure al frente de casas de educación; no es el que alguna vez escribe movido por las circunstancias, en un estilo anquilosado, enmohecido por la falta de soltura y de costumbre, porque entonces todo fiel cristiano sería intelectual. Aquí, en este nido chico que se llama Ecuador, se ha vulgarizado tanto el término, se lo ha aplebeyado tanto, se ha condecorado con él a burgueses literarios y hasta a analfabetos, que ya casi se lo toma en sentido de mofa, despreciativamente. Intelectual es el que enseña a la juventud, el que pone cátedras de arte, el que vive en actividad literaria, el que en el libro, en la tribuna y en el periódico rinde culto a la gaya literatura, en una palabra, el portaestandarte de la belleza, el nervio pensante que participa a todos su savia y energía, el infatigable educador de multitudes. Así es Rodó. Recuérdense sus palabras de Ariel, sus fervientes polémicas, sus hermosos discursos, pletóricos de doctrina, como el que en el parlamento de Chile pronunció ante los representantes de los países del mundo, con motivo del primer centenario de la Independen-

cia de aquella nación. (1) En ciudades medioevales, madriguera de egoísmo; en aldeas, ratonera de odios y envidias, son intelectuales baratos — elevados por el adulo y por la fangosa ola política — casi todos; el verdadero intelectual es allí como leproso, cual excomulgado, se le aparta, se le maldice, se le silencia: tal, ni más ni menos, la plebe de levita, que pisa ¡ay! universidades, hacía con Espejo, con Mejía, con Montalvo, con Ortega. «El intelectual de los grandes centros de población, decía el malogrado Jesús Castellanos, es un hombre que reparte lo mayor y mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas,

(1) Rodó ha sido Director de la Biblioteca Nacional, Catedrático de Literatura en la Universidad, redactor de la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales» y del diario «El Orden», Diputado y Presidente del «Círculo de la Prensa» en Montevideo. Con motivo de la terminación de su período, el Círculo le agasajó con un banquete, en el que Rodó, en soberbio discurso de contestación, dijo, entre otras cosas: «Todo lo que interesa a la Prensa interesa esencialmente a la Sociedad, y no como puede interesarle una actividad parcial, confundida entre sus actividades múltiples, sino más bien como un complemento o una prolongación de todas ellas; como una «alter ego» de la personalidad social. Así como el genio de Guttenberg, si volviera al mundo, había de maravillarse y de desconocer su propio invento si se le presentara como derivados de él esos portentosos organismos mecánicos en que la imprenta moderna parece infundir el soplo de la vida, creando monstruos inteligentes, dotados de la fuerza y agilidad de los que imaginó la fábula, así también los que, hace apenas dos siglos, lanzaron tímidamente los primeros «Mercurios y «Gacetas» que encerraban el germen de lo que debía ser la prensa periódica, se asombrarían hasta el estupor, de la transformación prodigiosa que ha hecho del diario contemporáneo una de las fuerzas que dominan el

pero se distingue especialmente por su apostolado perenne e indirecto, escribiendo libros; organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contesando a las *enquetes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección. Lo que aquí llamamos intelectual — seguramente por causas económicas en gran parte, — es la mitad brillante de un abogado o médico que de vez en cuando tiene tiempo de leer un volumen y pierde de leer cuarenta que esperan en vano en su biblioteca; la nostalgia de un profesional que anda siempre a pleito con las horas de su reloj,

mundo: una fuerza que rivaliza con los gobiernos, porque los inspira o los orienta, o los desprestigia y los abate: que compite con el libro, porque difunde en formas democráticas y accesibles a todos los resultados de la cultura humana; que sustituye a la tribuna, aventajando al Agora y el Foro, de los antiguos tiempos, como centro de deliberación y de acción cívica; que complementa la obra del ferrocarril y del telégrafo en la aproximación y el conocimiento mutuo de los pueblos; que remueve, con la formidable palanca del anuncio, las energías del comercio y de la industria; que con los modernos medios económicos de reproducción gráfica, populariza las creaciones del arte, antes reservadas en el santuario de los museos y de las galerías de los ricos; institución compleja y enorme, que participa de la plaza pública, de la cátedra y del club, del correo y del mercado, y que constituye en sí misma la más exacta imagen, la más característica expresión de la vida moderna, a tal punto, que si la civilización moderna quisiera levantar una bandera que fiel y enteramente la simbolizase, no podría escogerla mejor que enarbolando como bandera las dos hojas desplegadas de un diario, y haciendo del vendedor de diarios el abanderado plebeyo de sus ejércitos en marcha».

sin que ninguna le quede para vivir espiritualmente un poco con su pueblo; pálido cuarto menguante de una luna que no tarda mucho en desaparecer.....»

Motivos de Proteo es obra de un legítimo intelectual, de un sembrador de ideas y de semillas de arte, frescas y prometedoras, que antes de la prolífica cosecha, canta el himno de los vendimiadores del espíritu: «¡reformarse es vivir!»

El tiempo pasa célere: nosotros no sabemos sentir todos los milagros de esta transformación, de este viaje inacabable. «Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad, sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado». (1)

El consuelo que debieron sentir los ascetas del siglo XVI al meditar sobre el libro de altas ternuras *La Imitación de Cristo*, experimento al ponerme de codos sobre el escritorio en que está abierto el *Proteo*, llamándome a la vida, a la reforma, a la espiritualidad, a la conciencia de mis actos, libre del negro pesimismo que, —endiosando a la muerte por cansancio e impotencia— fracasado se derrota del peregrinaje mundanal. La conciencia se puede fingir pero no la elocuencia, decía Quintiliano, ni el sentimiento, agrego.

(1) Rodó.—Motivos de Proteo.

Y aquí es libro pleno de elocuencia y de saludable sentimentalismo, no del afeminado sino del viril y capaz de las grandes resoluciones, del que, como voz de amigo, nos inclina al sendero justo, del que despierta vocaciones, después de que se desfloraron los primeros ideales y fueron cayendo las glorias, para dar paso a lo estable. «No se me oculta a mí cuánto seduce el ansia de la primera gloria, cuánto es dulce el triunfo en un primer combate». (1) Pero hay otras batallas y otras alegrías a lo largo del camino de la existencia, a medida que nos empeñamos en darnos cuenta de ella y de aprovecharla.

“¡Cuánto más cierto no es pensar que, así como del campo de batalla se sale a otra más recia y difícil que es la vida, así también las puertas de la escuela se abren a otra mayor y más ardua que es el mundo! Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento.” (2)

Al pensar en esto, de idea en idea, con amenidad y ahondamiento, las páginas de *Proteo* van tomando, como los horizontes marinos, aspectos encantadores, perspectivas que cambian a medida que la nave vuela en pos de las costas de la esperanza, de un mañana lleno de felices consecuencias, fruto de la firme resolución

(1) *Haud ignarus eram, quantum nova gloria in armis, et praedulce decus primo certamine posset*—Virgilio—Eneida (Lib. XI).

(2) Rodó—Motivos de Proteo.

que en la diaria jornada tomamos sin desesperarnos por lo que atrás quedó, aunque su ausencia nos entristezca, a manera de aquel otro "que se aleja de ideas o afecciones que tuvo, por pasos lentos y graduados, como quien asiste, desde el barco que parte, al espectáculo de la orilla, y lo ve desvanecerse en el horizonte del tiempo sólo con tranquila tristeza, y aun quizá, con delectación melancólica."

La filosofía,—no la sistemática y la constructora de nuevos principios, sino la apacible como caricia del maestro amigo,—musita afectuosamente por el libro de Rodó; pero no aquella filosofía estrecha que se contorciona y deforma por no salirse del marco del procedimiento; más que filosofía—en la austeridad de la palabra—hay un soplo de ella que va a vivificar a los espíritus, a sugerirles nobles pensamientos, libres de métodos, de abstrusas disquisiciones, de graves tesis, preñadas de interrogantes. Se diría un Nietzsche optimista que va de un punto a otro, al parecer sin cohesión, desflorando temas e ideas. La congruencia es sutil y el lema dominante está involucrado con delgadísima hebra en esos fragmentos que parecen inacabables.

No la intransigencia de escuela ni el ceñirse estrechamente al texto, a la doctrina de autor determinado, —singular filosofía de los moralistas de pacotilla que siempre deseché—hallo en Proteo, sino fina psicología, galas del análisis progresivo, retornelo del aria interior, tejer y destejer de la conciencia, sutiles contem-

placiones, convite a la reflexión, convite amable, elegante, pudiera decir *chic* si la palabra no se tomara también con algo de frivolidad en el buen gusto moderno, lleno de falsas y de extravagancias.

Difunde literatura de ideas y moral humana, —sin rigorismos ni anatemas al vicioso,— el artista uruguayo, de cálida verba y de sana fantasía, tras de las que murmura la lección dulce, con dulzura del compañero cariñoso y verídico, el ejemplo inolvidable, la parábola que sacude a las almas, como una corriente de voluntad que las remoja para su próximo perfeccionamiento. Esta tendencia de reparación espiritual y de sinceridad necesitamos hoy, en medio de la atrofia literaria que nos mata, cuando las flores narcóticas de lo que quieren que sea poesía envenena la sangre juvenil, cuando tanta hojarasca sonora pasa por canción, siendo tan sólo la basura y la garrulería de los mejores jardines; cuando los versos quejumbrosos y el pesimismo cobarde suspiran por el suicidio y la morfina.

¡Literatura de ideas! ¿Hasta cuándo el endiosamiento a lo que es producto volátil de los ensueños del éter, deslumbramientos del deliquio morfíno, pálidas flores de las *noches de oro*, en las que oficia el vicio, la extravagancia, la futilidad, la incoherencia y el hastío? ¿Qué fama literaria alcanzarán con estos estimulantes de botica y de refinamiento de geniecillos que la moda agiganta momentáneamente? Afeminamiento no conduce a la inmortalidad. Los profesores de energía como

Rodó—en la virilidad de sus 45 años—(1) son atletas mentales y físicos, en medio del tráfago y desgaste de la existencia. Esto mismo es lo que Júpiter, padre de los dioses, decía amigablemente a sus hijos: “A cada uno le están señalados sus días, breve e irreparable es para todos el plazo de la vida: pero alcanzar con grandes hechos fama duradera, obra es del valor”. (2)

No la alcancemos forzando la máquina, haciendo lo que Guy de Maupassant, que por el abuso de tantas drogas estimuladoras paró en la locura.

El pueblo limitado, la oscura calleja, la oficina reducida, el aula angosta entenebrecen el cerebro: ideas pigmeas, críticas de camarilla, cerradas como un puño, miras mezquinas, criterios apocados, he aquí el resultado de esa familiaridad de visión, de ese círculo mínimo en que se discurre, de ese cansancio de paisaje apriisionado en marco microscópico. Estos visionarios de celda o desván, caen de su burro y ya se imaginan genios. Milagros así sólo se hicieron para Nietzsche (3).

(1) Escrito en 1913. Rodó falleció en Mayo de 1917, antes de entrar en los cincuenta años.

(2) Tum Genitor natum dictis adfatur amicis, stat sua cuique dies; breve et irreparabile tempus omnibus est vitae: sed famam extendere factis, hoc virtutis opus—Virgilio.—Eneida (Lib. X).

(3) «Es reciente la historia del atormentado filósofo alemán: de Federico Nietzsche se cuenta, que no siendo ágil caballero, cayóse en alguna ocasión de la bestia que montara; recibió fuerte traumatismo en el cráneo, que le impidió continuar en sus andanzas bélicas. Y desde entonces, se dice que floreció en su cerebro el jardín maravilloso de sus obras» Diego Carbonell.

Los viajes amplían nuestras creencias, vuelven la miopía intelectual en presbicia: facilitan los estudios comparativos, nos regalan uno como dón de gentes. Quien conoce el mar, su movediza e infinita llanura, da entrada en su alma a lo grande: salen de ella las ruindades de sacristía, las fronteras del odio y de la selección ridícula, los estrechamientos del rincón: en que se nació para ver noche y día el mismo pedazo de cielo. Los viajes enseñan y pulen: el murciélago metamorfoséase en águila caudal. «Yo oí muchas veces a Webb, dice Berthelot, recitar cantos enteros de Homero y de Virgilio, odas de Horacio y poesías de Anacreonte. Pero estos conocimientos no los había adquirido solamente en las aulas: los viajes habían sido para Webb rica fuente de observaciones y estudios... » (1). Rodó, sentencioso amable, diluye en su obra este aforismo: «La práctica de la idea de nuestra renovación tiene un precepto máximo: el viajar. Reformarse es vivir. Viajar es reformarse». Los augustos creadores que de la nada sacan soles, los que imprimen luminoso sello a su época, los que civilizan al rebaño humanal, los pastores de multitudes, todos han viajado. Moisés saliendo del Egipto, atravesó el mar Rojo y fuese a ubérrimas tierras prometidas; Homero anduvo por las comarcas del Asia Menor; Lucrecio partióse a Atenas a empaparse en la filosofía de Epicuro; Vir-

(1) Souvenirs Intimes.

gilio no se quedó en el minúsculo Andes; Dante abandonó su Florencia, madrastra más que madre; Tasso fue de aquí para allá: de Sorrento a Nápoles, de Nápoles a Mantua, de Mantua a Roma, de allí a Padua, de Padua a Ferrara, de Ferrara a la capital de Francia; Ariosto, que ardía de entusiasmo por los estudios geográficos, va a los Apeninos y pasa el Adriático y el Po; Klopstock desde Quedlimbourg a Zurich, a Copenhague, a Hamburgo; Cervantes a Roma, a Argel, a Mesina, a Grecia, a Sevilla; Colón a mundos ignorados; Camoens al Africa tenebrosa; Magallanes marca un periplo audaz y único en la tierra, viendo «precipicios vertiginosos, cumbres de nieve, aguas negras y hondas en que todo era alucinación y pesadilla». (1) Milton, Montesquieu, Goethe, Richter, Tieck, Buffon, Voltaire, Renán todos han salido lejos. Alfieri, el poeta inquieto, en sus viajes, que él pensó vestirlos del oropel del placer, aprendió mucho y dió orientación a su literatura. El alma vagabunda de esos artistas que se llaman Ruben Darío, Enrique Gómez Carrillo, los García Calderón, de sus viajes tomaron para el cinematógrafo de la vida películas inolvidables y dulces cantos errantes, impregnados de la filosofía cosmopolita del cora-

(1) «Desde el punto de vista científico, el viaje del heroico lusitano al rededor del mundo—reputado como la más asombrosa hazaña marítima de todos los tiempos—disipó los errores geográficos en que se fundaban las conjeturas de Colón».—Emilio Bobadilla.—Viajando por España.

zón humano. Los poetas, cómo almas en pena, van de aquí para allá devorando su infinita curiosidad de otros mundos: Rueda, Marquina, ponen su pie en la América; Chocano, González, H. del Valle, Valencia, Flores, Jaramillo Meza, Lugones, Urrutia, Urbina, con la lira a cuestas, se alejan en odisea interminable. ¡Cuántos que se han quedado en casa participan de la cortedad del paisaje, del restringimiento de ideas que no pasan de la vecindad, de la miseria de los juicios, egoístas como el hogar; de las preferencias interesadas como la conservación del destinillo, del amaneramiento local, de la atmósfera confinada! En las poesías de Hesíodo se advierte cierto tinte sombrío, porque el codicioso didáctico no se movió de su fea, lloviaosa y malsana aldea de Ascra. «Nunca he atravesado en un bajel el ancho mar, dice, sino para pasar de Aulis a Eubea». Los modernos sabrosos cronistas, los sociólogos, los críticos vigorosos, los novelistas, todos han viajado: Ferri, Anatolio France, Altamira, Blasco Ibáñez, Maeztu, Bonafoux, Julián Viaud, Emilio Bobadilla, Luciano Gray, Blanco Fombona, Paul Adam, Ambrogi, Brenes Mesen, Picón—Febres, Planas Suárez, Vásquez Yépez, para no citar una legión.

¡Qué diferencia de amplitud, generalidad de asimilación, concepto de la belleza y espíritu de cosmopolitismo en Montalvo, en Proaño, en Llona, en César Borja, en Nicolás Augusto González, en Roberto Andrade, en Valverde que viaja-

ron! Compáreseles con los que no se movieron de la tierra como Quintiliano Sánchez, Modesto Espinosa, Miguel Moreno, Antonio C. Toledo, Manuel J. Calle.....

Los grandes libros, biblias humanas, desde la *Ilíada* y la *Odisea* hasta el que educó el carácter del pueblo inglés, el de Daniel de Foe, todos tratan de viajes, inclusive el viaje simbólico por el infierno, el purgatorio y el paraíso en la *Divina Comedia*. Quienes viajan *al rededor de su cuarto* son intolerantes, rencorosos, sanguinarios, como el ultramontano de Maistre. Se necesita gran poder de abstracción, sutilísimo estudio, replegamiento en el propio corazón a fin de analizarlo detenidamente, para suplir lo que las excursiones provechosas dan de suyo a los que saben observar, comparar y reparar en el mundo la lección de la vida. A veces el poder intuitivo todo lo suple; ¡pero esto es tan raro! Pocos, muy pocos, los que llevan un *cosmos* en su cerebro, aun cuando se asomaron a la vida por el ojo de una cerradura.....

Suddhasta, Jesús, Mahoma, Lutero, creadores de religiones, maestros de sentimentalismo, amasadores del corazón, viajaron, como viajó Francisco de Asís. Cuenta la leyenda que Zoroastro no adquirió fama sino cuando, saliendo de su comarca, anduvo por la Bactriana. Por todas partes han brotado los Robinsones: en Suiza, Rodolfo Wyss; en Alemania, Campe; en Francia, Julio Verne; porque «los viajes son escuela inexhausta de ob-

servación y de experiencia; museo donde nada falta; laboratorio cuya extensión y riqueza se miden por la superficie y contenido del mundo; y dicho esto huelga añadir en qué grado eminente importan a la cultura y el trabajo del pensamiento investigador».

Por los *Motivos de Proteo* viaja el entendimiento y va desenvolviéndose y recorriendo los mundos del ideal y de la ética desinteresada. No es Rodó de los utilitaristas que fincan su felicidad en el libro de caja y en el mayor; que, ciegos ante las bellezas de la vida, no creen sino en la plenitud del vientre y de los bolsillos, siguiendo una contabilidad rastrera, atesorando con labor de benedictinos, trabajando como negros para henchir la gabeta de libras esterlinas o de acciones bancarias. Por encima de este logro ruín, de esta sordidez desesperante, se alza la cultura del espíritu, el mejoramiento idealizado de la vida, el ensueño magno que no se puede comprar con todo el oro del mundo. Infelices de los que se educaron en tan pobre escuela, rica solamente de material bienestar; infelices de los que se imbuyeron en la doctrina del prosaico y metalizado profesor que todo lo convierte en partida doble, en cálculo, en razón numérica, sin dejar nada para el desprendimiento y el ideal santo, altruista. "El maestro que no se siente un apóstol con una importante misión humana, sino que mira su profesión docente como un simple medio de vida, debe buscar mejor otra ocupación; y lo mismo

puede decirse de los miembros de todas las profesiones liberales. El médico y el abogado cuya labor tiende simplemente a enriquecerse y no a que prevalezcan el bien y la justicia, no tienen derecho a reclamar su lugar.” (1) Yo he guardado siempre la más profunda lástima para aquellos obesos, para aquellos cerdos que se tienen por hombres prácticos: engordan desmedidamente y la grasa acaba por envolver su cerebro y corazón. ¡*Servum pecus!* Seres que, empezando por racionales, terminaron en bestias, sólo el instinto habla en ellos: el pensamiento es hijo muy costoso, lo práctico es economizarlo. ¡No pensemos! “Una potencia ideal, un numen interior; amor, fe, ambición noble, entusiasmo, polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros, tanto por lo que valga el fin a que nos llevan (y en ocasiones más) por su virtud disciplinaria del alma; por su dón de gobierno y su eficacia educadora. Aunque su obra no aparezca, desenvuelta exteriormente en acción, y mueran encerrados dentro de sí mismos, como un sueño, su obra es realísima y fecunda.” (2) ¡Oh, encantos del pensamiento y de la soledad, de la noble aspiración y del retiro! Los que se engañan usurpándose el título de afortunados de la vida— fortuna en rebaños y sembríos— intenten explotar otras minas: las del espíritu; atesoren también en otra forma:

(1) Tomás Davidson.

(2) Rodó—Motivos de Proteo.

en la del pensamiento; inunden también otros mercados: los del silencio y de la meditación. "Se entra en la soledad como el león en el desierto: para ser señor de sí. En todas las crisis morales, únicamente la soledad baña nuestro corazón en el agua lustral de la serena paz. Y la más tempestuosa crisis de la conciencia humana la trae consigo la aparición de la Conciencia Cósmica. Entonces, como a la hora de la invasión de un hondo y secreto amor, se corre en busca de la confidente soledad, de donde se vuelve con el alma vasta como un mar hormigueante de naves cargadas con todos los tesoros de la tierra". (1)

Son otras tantas riquezas del ideal y de la vida interior. En los funerales de aquel santo de la acción llamado General Guillermo Booth, que realizó prodigios con su «Ejército de Salvación», del que era comandante en jefe, Leopoldo Lugones escribía desde Londres: «El ideal en acción. . . . He aquí la definición de la verdadera vida. Estudiemos y rectifiquemos sin cesar la corriente que nos arrebatara; pero allá donde sea necesario pasarla, todo puente es bueno con tal que lleve a la otra orilla. No nos convierta la crítica del propio elemento dinámico, o el pesimismo idealista de la contemplación ante el agua que marcha amenazando dejarnos siempre atrás, en lamido guijarro tirado por allá al solo objeto

(1) Roberto Brenes Mesén — El Canto de las horas.

de reflejar inútilmente el sol sobre su peca de mica. Perdamos las ilusiones; pero no la fe que es la certeza futura. Desengañémonos, pero no desesperemos, y puesto que la perfección es imposible, según resulta de nuestra propia crítica, asumamos con tenacidad viril el mejoramiento de la vida imperfecta». (1)

Tal es la poesía de la vida, su acción, su empleo racional, afecto que nos conmueve, virtud secreta que nos levanta a regiones más felices, sed de cosas indescriptibles, ansia de admirar, de creer, de ser mejores, curiosidad de lo que no se puede comprender, deseos de trazar cuadros en constante retoque, misterios del lenguaje y del amor, flores del corazón, determinismos inexplicables. Las vocaciones se determinan por una casualidad, por un soplo espiritual, por una voz que nos llega no sabemos de dónde. Lo mismo acontece con el amor, que pasa «rápido como el polen de una planta que arrastra el viento: cuando el amor arraiga en el corazón, como un árbol hecha raíces en el seno de la tierra, entonces no se lo puede arrancar si no se destroza el corazón al mismo tiempo». (2)

Algunas vocaciones son loterías sublimes: de males físicos, de fenómenos aislados, de minúsculas circunstancias dependen. La fantasía infantil de Gorge San creó un héroe: Corambé. Olvidóse

(1) Los funerales de un santo (Correspondencia a *La Nación* de Buenos Aires).

(2) E. Sienkiewicz.—El Diluvio.

después, en prematura crisis de devoción de Corambé por Jesucristo; pero un jesuita le curó de lo que los místicos llamaban la locura de la cruz. Ligera disputa con su confesor la separó completamente de la Iglesia, cuenta Zola. Desde entonces siguió siendo deísta, como lo fué el resto de su carrera; abrazó la religión de los poetas, los cuales adoran a un ignoto ideal, con independencia de los cultos externos. He aquí un cambio religioso hijo de causas pequeñas. En la vida de esta escritora, hay otro hecho que es imagen de ciertas vocaciones: la casualidad. La señora Dudevant se transformó en Jorje Sand por fortuito modo. Al insertar Delatouche en el *Fígaro* la novela «Rosa y Blanca», compuesta en colaboración de Julio Sandeau, cortó la mitad del apellido de este autor. El libro apareció escrito por Julio Sand. Para conservar la misma forma cuando publicaba *Indiana*, aconsejó a la autora que se limitase a variar *Julio* por *Jorge*. Y desde entonces, la personalidad de la novelista es más conocida por su seudónimo, nacido del acaso.

Juan Valera, en «Pepita Jiménez», refiere, cómo fue transformándose la vocación de aquel don Luis de Vargas que escribía cartas a su tío el Deán de la catedral. La casualidad hace que se rompa el inmenso arco de la vida: la curva sigue otra dirección o bruscamente se arranca. Si del fracaso no deducimos lecciones alentadoras, el naufragio se avecina. Imitemos al niño que cambia

el ritmo, la música de su copa de cristal que el junco golpea,—como en la parábola de Rodó,—en búcaro triunfal que se levante en alto sobre las demás flores. «La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquél que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces». Tal don Quijote, de la tregua a su batallar caballeresco, sin quebrantar su juramento, demora en la vida pastoril, sacando partido hasta de la interrupción de su ideal único. Son las *reservas* latentes en cada espíritu, según las denomina el que fue ilustre catedrático de Literatura en la Universidad de Montevideo.

Sebastián Kneipp, el campesino de Stefansried, entretiénese en su juventud en ayudar a su padre, tejedor, en el laborioso telar, labra después la tierra y por último conviértese en peón de albañil; pero su ideal no desmaya. Su vocación: ser cura, en medio de su desesperante pobreza. La grave enfermedad que le sobreviene, resultado de su contracción al estudio, pone en sus manos por casualidad el opúsculo de Teodoro Hahn acerca de la curación por el agua. Deshauciado del médico, enflaquecido, anémico, mal de los pulmones, entrégase Kneipp con tal ardor a ensayar lo que leía, que no vacila en bañarse en el Danubio en pleno invierno. Y he aquí que un detalle que pasaría inadvertido, y su

enfermedad, conviértente en célebre hidroterápico, que transforma la aldea de Woerishofen en inmenso hospital para aliviar a centenares de dolientes. La línea de su vida, en vez de romperse, tomó otra dirección.

El niño Kropotkin, criado en la tiranía rusa, en el adulo imperial, adurmiéndose en las faldas de la zarina, aprende a amar a la humanidad y a luchar por sus libertades a causa de una escena común en el teatro de servidumbre y de terror de Nicolás I: el castigo a un esclavo. Su vocación, desde entonces, endereza el camino y se entrega al estudio, a la ciencia, a la defensa social, al apostolado, repartiendo su fortuna y renunciando a sus títulos de nobleza. Su juramento infantil, encauza la reforma de una vida, se sustrae al despótico medio ambiente y se reviste de energía sobrehumana. Gardiner refiere así el episodio del Kropotkin de ocho años: «Un día su padre se enfurece con los esclavos de su propia casa. Su ira se concentra en el pobre Makar, que desempeña los oficios de afinador de pianos y de segundo mayordomo. El padre del Príncipe escribe una carta y dice: «Que lleven a Makar con esta carta al puesto de policía y que le den cien palos». El terror se apodera del niño. Las lágrimas lo ahogan; y más tarde, cuando en un oscuro corredor de la casa se encuentra con Makar que llega pálido y desencajado, el niño trata de besarle la mano; Makar la aparta de sus labios: «Déjame; tú tam-

bién cuando crezcas, harás otro tanto». «No, jamás, exclama el niño». Y supo cumplir noblemente su promesa.

Podría citar mil casos raros o comentar los de Rodó, que darían para un libro. Pongo punto final a las disquisiciones en que quiero engolfarme, y paso a loar la forma de *Motivos de Proteo*, llena de reminiscencias poéticas, de hondas y bellísimas parábolas, de extensa erudición artística, de cien decoraciones movidas por la magia de un lenguaje terso, hasta cuando se complica en cláusulas periódicas, en hábiles amplificaciones, vecinas del tasis. Su estilo ameno, sugeridor de reflexiones, oportuno en sus viajes a la Grecia, pinta primorosos paisajes,— más vívidos que la prosopopeya femenina de las comarcas para la recepción al victorioso Trajano.—que invaden el alma para alegrarla, para consolarla, para abrir sus puertas al mañana. Su estilo es música wagneriana: sin apartarse del *leit motiv*, trae variaciones y encantos de armonía, que reavivan las páginas anteriores, los capítulos que fueron, las escenas musicales que pasaron. Poesía anímica, deleite que no se define, lejos en ocasiones de las formas estrechas del verso y del pulimento académico, de las ceremonias de la rima y de las tradiciones retóricas, su frasear raudo, sus diálogos animados, sus visitas a genios y artistas, dan a la prosa de Rodó la fascinación de las orquestas, en medio de intencionales tautologías. Líneas que no están cortadas con igual medida ¿dejan por esto de ser dulces?

El poeta Ismael Urdaneta, con ligerísimas modificaciones, ha convertido en versos de sonoridad y ritmo el episodio de «El niño y la copa de cristal». (1) Otro poema cautivador es su parábola *La pampa de granito*.

El iniciador de *Vida Nueva*, hable en prosa o en verso, ¿no es poeta, no es humano siempre? ¿no le ha visitado el genio que, merced al talismán del sentimiento, vuelve amables las cosas? Prosa de himno la suya, que conmueve, que purifica, que canta al propósito de enmienda y a la voluntad que jamás duerme: es Leuconoe que en el homenaje preparado por el patricio de Etruria para recibir al gran Trajano, representó a la tierra virgen y desconocida, soñada por Séneca, al espacio infinito, abierto siempre como la esperanza. El pasaje es deslumbrador al par que rico en amables y poéticas enseñanzas. Os invito a tenerlo desplegado ante vuestra vista. Su libro es cual Ashavero que no descansa nunca, en perpetuo peregrinaje, dispuesto a nueva visión y nueva vida. Es el Proteo de la fábula, «el dios de las mil formas», libre, inquieto, curioso, que no se deja encadenar; el de las renovaciones

(1) «Jugaba el niño, en el jardín,
con una copa de cristal
que, en el límpido ambiente de la tarde,
un rayo de sol hería
y la tornasolaba como un prisma.

Manteniéndola en alto, no muy firme,
en la una mano, golpeaba
acompañadamente con un junco
que traía en la otra», etc., etc.

y metamorfosis: viejo profeta marino que, según Homero, residía cerca del Nilo, en la isla de Paros, y, según Virgilio, en la de los Cárpatos; cuidador infatigable del turbulento, del insaciable rebaño de Poseidón; sondeador del océano de las almas.

ARIEL

Cuando el espíritu ha escudriñado los antros de la realidad y ve con pena que nada le sacia, cansado de tanta miseria y de tanto infortunio, se consuela con alzar el vuelo y abismarse en las regiones del ensueño. Esta medida nos cura. El hastío que nos estaba minando de muerte, sale del alma: entra en ella, a refrescarla, el ideal.

Progreso de las razas es el ideal: por él se mantienen y triunfan. No hay pueblo que no haya subsistido a través de los siglos por la fe en un ideal. Todas las colectividades que creyeron desempeñar un destino, llevar una misión en la historia, recomfortaron su energía con el ideal. Alejandro Magno, al intentar difundir la cultura helénica por la faz del orbe, acarició un ideal; los cruzados emprendieron dificultosos y lejanos viajes por un ideal; el Japón moderno es grande porque mantiene el ideal que encarnó el bushido.

Cuantas veces, cansados del bullicio de la mundana sociedad, henchidos de la hiel que en áurea copa nos brinda, ahitos del baile y del placer que nos inocularon murmuraciones y enervamientos; cuantas veces no hemos suspirado por una Tebaida espiritual, por un retiro misterioso a donde no lleguen tentaciones ni dolores colectivos. Y encerrándonos a dar curso a nuestros pensamientos, sólo el ensueño desinteresado ha sido como un rocío para el estéril y mártir corazón.

El mejor consejo del maestro que educa es decirle al niño que jamás, en el peregrinaje de la vida, se olvide, aun en las más tristes embriagueces materiales, de volver sus ojos al ideal. La mejor obra del profesor es prender esta chispa en las almas juveniles.

Ariel es la personificación del ideal y de lo bello; Calibán de la materia y de lo deforme. Emblema benigno, figura simbólica en una obra de Shakespeare, es, como todas las mortales concepciones de este poeta gigante, un tipo genial: la encarnación de lo más noble que puede alentar en el espíritu.

Quien—por su poca suerte o extrema falta de investigación intelectual—no tuviere el menor indicio de Ariel, lea «La Tempestad» del dramaturgo inglés, hojee las páginas de Renán, empápese en la fecunda parábola del que levantó, de cara a despejados horizontes, «El Mirador de Próspero».

Si aquella gran consoladora de la existencia, la imaginación, posee, como ob-

serva el filósofo que trazó «Mi infancia y mi juventud», un privilegio que es el más precioso de los dones; si sus padecimientos son voluptuosidades; si con ellas todo es provechoso; si ella es la base de la salud del alma, la condición esencial de la alegría; si ella nos convida a gozar de la locura de los locos y de la sabiduría de los sabios ¿podrá la crítica inconsulta, la envidia atropelladora y la ignorancia atrevida impedirnos que soñemos? ¿Podrá apagar el sol de la ilusión sobre nuestras cabezas y cubrir con el manto del desprecio, negro y burdo, la bóveda azul e infinita por la que voladoras discurren las ideas? ¿Podrá obligarnos que prescindamos de la imaginación, del simbolismo, de los toques de originalidad en las obras literarias, á fin de que sólo un prosaico y matador realismo, sin nada de alados símiles ni sublimes cuadros alegóricos, sea el equipaje de los poetas que militan, y la erosión de la fantasía el único bagaje de quienes meditan y sienten?

Sin Ariel, sin la evocación de este genio prodigioso, no puede existir el ideal; no es posible concebir el ensueño, no se alcanza a pulir la conciencia, ni el arte puede tomar el baño estético, que le transforma, cual a otra Danae, en lluvia de oro.

Habrá que dejar entonces que impere, como una antítesis repugnante, como una paradoja que mata, el monstruo de Calibán, este forajido que con fatídicas pinceladas bosquejó Víctor Hugo cuando nos estuvo presentando a Han de Islan-

dia, espantable salvaje que se alimenta con raíces, con sangre, con sustancias bastas e impuras: «que gruñe como bestia bajo la mano de Próspero, que le ha domado», según lo consigna Hipólito Taine. Que lo grotesco, que lo sensual, que lo vergonzoso de la naturaleza humana revivan encarnados en Calibán, que triunfe este feroz glotón que con famélica brutalidad va tras la pitanza; que surja el abominable sátiro que intentó violar a Miranda dormida; que se marchite el árbol de Dafne, para que ya no le sea dado a Apolo entretejer una corona de laurel para ceñir sus sienes. Dejemos que el Minotauro insensible e insaciable lo devore todo. Maldigamos a Teseo, defensor de la inocencia, defensor de la virginidad. Derribemos a pedradas la luminosa estatua de Ariel. Hagámonos más insensibles que el mármol ante las múltiples lacerias de la vida. Rastreemos, cabizbajos como miserables esclavos, al ver alzarse al látigo de la ignorancia sobre nuestras espaldas. Adoremos lo vulgar, lo innoble, lo que viene del tumulto, de la ola fangosa, del caos, como Calibán que besa los pies al marinerero Stephano, porque le da vino; como Calibán que doblega su lomo al chasquido del zurriagazo de Próspero. Descubramos con cinismo nuestras pasiones rebeldes que atormentadas están por la sed de empinarse y saciarse, por el hambre de lo pedestre y ruin.

¿Quién es Ariel? Lo contrario de esta fiera: es la razón serena, la virtud res-

plandeciente, el corazón bien educado, el pensamiento grande y distinguido, el arte hermoso, el ensueño sonriente que viaja por mundos ilimitados en pos de lo desconocido, de lo misterioso, de lo sublime. Es un astro que alborea desde muy alto; «es el rey de esas abejas que tienen por colmena la imaginación», al decir de Pablo de Saint Víctor; mientras que Calibán es el fiemo que vicia el ambiente desde muy abajo. Hacia Ariel se asciende con alas blancas; hacia Calibán se llega a rastras.

¿Pero qué alegar en elogio de Ariel, después del admirable libro educador del estilista de frases que son trabajos de orfebrería, del notable observador de compleja psiquis, del uruguayo, maestro de la América, José Enrique Rodó; libro que han analizado innumerables críticos españoles y americanos, plumas como las de Juan Valera, Leopoldo Alas, Moreno Zubillaga, para no citar otras? (1)

(1) Veamos lo que piensan de Ariel estos citados críticos de renombre. El primero se expresa, en sus «Ecos Argentinos», así: «Yo admiro a veces el mucho saber, los variados conocimientos, el entusiasmo poético, la rara elocuencia, la sutileza dialéctica y el primor artístico del estilo en algunas obras modernas escritas en nuestro idioma. Citaré como ejemplo el tratadito que lleva por título *Ariel*, cuyo autor es D. José Enrique Rodó, residente en Montevideo. La intención de este tratadito no puede ser más sana ni más noble. El Sr. Rodó combate el estrecho y exclusivo utilitarismo y propende a inculcar en la mente y en el corazón de la juventud de su patria, ideales más altos y más dignos del espíritu, ideales que son los que hacen persistentes la gloria y el influjo de los pueblos y de su cultura, dilatando su imperio en las almas, muchos siglos después

El viejo maestro, desde su educadora cátedra, iluminada por el genio de Ariel, pronuncia, con voz de sabio profeta de la palingenesia juvenil, uno como sermón de la montaña, lleno de parábolas ensañadoras y de dulces peroraciones, al despedirse del simpático grupo de alumnos que le escucha con el mutismo y religiosidad de una oración ante el sacro santuario de las almas. Fluye el verbo como emocionante música que estuviera resonando en el templo del espíritu. Los oyentes, ante el apóstol, son otros tantos iniciados a quienes sugestiona aquella excelsa prédica. En persuasivas palabras, les recomienda que no se entreguen del todo al utilitarismo, que nunca abandonen su noble ideal, que guarden el

de la caída y disolución de los estados y repúblicas que dichos pueblos fundaron. Tan bien está todo esto, que lo aplaudimos muy de veras y nos pesa de no haber dado antes al Sr. Rodó las grandes alabanzas que su libro merece».

«Nada más bonito, más agradable de leer, más rico en imágenes y figuras poéticas, en nobles sentimientos y en consoladoras, esperanzas que el *Ariel* del escritor mencionado».

Dice Clarín: «Se dirige a la juventud americana, de la América que llamamos latina, y la exita a dejar los caminos de Calibán, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel, el genio del aire, de la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios de lo infinito».

«Combate el utilitarismo primero, en lo que tiene de exclusivo, de limitado; y jamás he visto demostrada con tanta elocuencia la falta de idealidad final, de propósito definitivo y digno del hombre, de esa tendencia que, perdiéndose en los pormenores de la vida ordinaria, nos oculta el vacío de sus últimas indeterminadas aspiraciones. Rodó examina los dos grandes ideales humanos históricos, el clá-

tesoro de su juventud, remozador de almas y de pueblos, que amen la serena belleza, distinguiéndola de la igualitaria y vulgarota democracia, matadora del buen gusto. Para imprimir la fuerza del convencimiento a sus expresiones, se sirve de algunas cautivadoras parábolas, como la que reproduce de Guyau, acerca de aquella cuasi nupcial loca que diariamente espera a su esposo: este prometido es la esperanza que día a día renace en nosotros, dice el maestro; — como aquella otra del magnánimo rey oriental que abre su alcázar para todos, reservándose sólo para sí una secreta sala a la que nadie puede penetrar ni a nadie le es dado profanar: esa estancia misteriosa no es otra que nuestro reino interior, «la

sico, griego, y el cristiano; y encuentra un momento en que se dan la mano, se complementan: el momento de las primitivas iglesias que fundó San Pablo en Grecia; por ejemplo, Tesalónica y Filipos».

El sutil crítico Sr. Dn. Julio E. Moreno ha analizado la faz educadora de Rodó, y dice: «Inteligencias meditativas de la índole del que escribió *Ariel* y *Motivos de Proteo* no alcanzan de pronto el imperio sobre las almas, un imperio decisivo. Parecen divagadores espirituales, ascetas líricos a la manera moderna, más bien que guías prácticos en el camino de la salud moral de las generaciones, y es conveniente que escritores de actitud menos hierática y de verbo más accesible al criterio común se tomen el trabajo de extraer la esencia de las ideaciones de aquéllos y la ofrezcan a la multitud en forma de alimento inmediatamente asimilable. Quédese para los maestros la gloria de la gestación sostenida del pensamiento. El arte de la interpretación acondicionada a la gran masa del público, lo que pudiera llamarse el aprisionamiento de lo más substancial y significativo del discurso de los talentos superiores, constituye el deber de los críticos, la misión de los que aspiren a denominarse

última Thule de su alma». Esto me recuerda la anécdota de aquel multimillonario americano que para llevar a su tierra una obra maestra que compró en Italia—nación que ha prohibido se exporten las seculares obras de arte—hizo pintar por un hábil procedimiento, sobre aquella maravillosa tela un cuadro vulgar, mercancía de pacotilla que debía desaparecer—prolijamente lavada—una vez que la joya de la antigüedad llegase a su palacio. Así, aparentemente, llevamos en el alma una imagen que no es la verdadera: poco importa que sea exhibida y que se la traslade lejos; la legítima está debajo, raspando la primera, la superficial; la legítima es para nuestro

honrados cooperadores en la tarea de la educación de las multitudes. Y ningún escritor americano que merezca más esa cooperación divulgadora que el gran pedagogo uruguayo. Nadie como él ha concebido tan hondamente el principio de que el ennoblecimiento interior prepara la aptitud de la comunión de los hombres en un delicado instinto de justicia, en un sentimiento de armoniosa expansión. Es el evangélico apologista de la integridad de nuestra naturaleza humana, porque comprende que sólo a condición de no mutilar nuestro sér moral cabe solucionar el problema de la organización de una alta y no artificial cultura».

Mi ilustre amigo, el crítico y sociólogo Dn. Juan Antonio Zubillaga, que ha consagrado nutridas páginas de su libro *Crítica Literaria* — mejor dicho casi todo él — a estudiar la personalidad de Rodó, después de exponer la doctrina de *Ariel*, termina así el capítulo: «Su lectura, que seduce con la armonía del fondo y de la forma, que serenamente fluyen, en original unión, del numen del escritor, muestra que a la elevación del pensamiento corresponde la magnificencia del estilo, pues hállanse en las páginas de este libro, bellezas pocas veces alcanzadas hoy en nuestro idioma por el arte de la expresión literaria».

exclusivo castillo, para nuestro recóndito solaz, sin irreverencias ni miradas indiscretas, como la secreta habitación del *millardario* rey de oriental cuna.

Alma enamorada de Renán y de Guyau, la que ha revivido a Ariel para lanzarlo a volar por el mundo de las letras, no ama—en medio de la apacible y razonada tolerancia que caracteriza al poeta uruguayo—no ama, repito, la cultura de la gran nación norteamericana. Aunque eleva un himno de resonantes notas a su progreso abrumador, aunque lo admira con entusiasmo, no se pone del lado de quienes del esfuerzo y del trabajo compusieron la más férvida oración, redentora de pueblos y de caracteres. Ellos supieron vigorizar la célula humana; ellos nutrieron el protoplasma. Cree que a los esforzados hijos de la Unión Americana les falta poesía. Sin embargo, se le vienen a la pluma estas elocuentes confesiones: «Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible en las sociedades humanas el reino del espíritu». «La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o el mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección».

Los que vivimos en países como de Gulliver, en los que interminablemente los del bando de Liliput guerrear contra

el partido de Blefusin; los que a diario nos aburrimos con la fraternal riña de pigmeos en la eterna conquista de ese vellocino de oro: el tesoro nacional; los que palpamos la falta de lo primordial: escuelas para el pueblo; los que presenciamos con pena e impotencia el continuo gangrenarse de la sociedad a causa de la empleomanfa; los que soportamos la burda bota militar en tantos despóticos Estados que conservan, subvencionan y engordan a leprosos de alma y cuerpo, en presencia de la inopia de las anémicas generaciones, hijas del cuartel y no del colegio, debemos anhelar de corazón la cordura de los Estados Unidos, debemos ansiar imitarlos, debemos empeñarnos en que sirvan a cada instante de estímulo saludable. Cuando desaparezcan los analfabetos, cuando nos gobiernen estadistas en vez de rudos soldados, cuando los pueblos liliputienses y misérrimos sean dignos de la civilización, cuando el bienestar material, redentor de tantas humillaciones, la agricultura y la industria maten las plagas sociales, entonces florecerá el arte y será comprendida la belleza. Hasta que aquella feliz época no se aproxime, continuarán los esclavos y los tontos riéndose del que se encierra en su alcázar interior, como cuenta Spencer que en cierto pueblo de cretinos afeados todos con el bocio, se reían de los europeos porque no iban adornados con el honroso distintivo de los *cotos*.

Joven que no sueña no merece nada: sueños son aspiraciones encumbradas,

sueños son ansia de mejoramiento, sueños son las luces de esa lámpara maravillosa como la de Aladino, que se llama perfectibilidad; sueño es el viaje a la eternal esfera del arte, donde melodías nunca oídas arrullan a los privilegiados; sueño es todo lo grande que sentimos se va de nuestras manos, como una mariposa brillante pierde sus matices al tocarla, como un fino cristal se empaña con el aliento; sueño es cruzar, en alas de la poesía, el cielo de la felicidad, inconmensurable y terso; sueño es la bandada de palomas blancas, los ideales, que de tarde en tarde atraviesan el desierto de nuestra vida, con rumbo a regiones de las que no vuelven más; todos estos nobles acicates de la mente y del corazón, por más que sean sueños, forman la única, la deleitable realidad del prosaico existir, el tributo de la belleza a que estamos obligados. «Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia», dice Rodó.

Bienaventurados los nuevos Prósperos, los augustos maestros que dictan la conferencia de la educación a sus discípulos, que siembran bellezas en sus almas y que, al fin de la jornada disciplinaria y estética, se despiden noblemente de los suyos invocando a Ariel como su numen, con la unción del moderno orador sagrado que habla a la juventud, porque su espíritu «es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación».

De esa luminosa conferencia surgirá el programa directriz de muchas vidas; línea que determine el movimiento y condición de tantas generaciones.

No agotemos ni la juventud ni la esperanza, dos fuerzas vivas del individuo y de las colectividades; hagamos labor ética, es decir, hermosa. «De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, profetiza el maestro, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir. Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven».

Scr joven es llevar en la mano, abierto para el ansia de todos los lectores, el libro de la estética que magnifica y perfecciona, porque el obscuro pensamiento se vuelve luz y el desacorde sentimiento se torna ritmo armonioso y entusiasta, exteriorizados por esa helénica adolescencia de que habla Rodó.

Su libro es de savia juvenil: subsistirá a pesar de las tormentas morales que anquilosan la voluntad y acarrearán la decrepitud a los espíritus, porque ARIEL es libro de ubérrimas, nobles, consoladoras esperanzas.

¡Jamás su enseñanza pase inadvertida al magisterio!

Bélgica y Rodó

En la velada que, en Montevideo, se organizó para socorrer a las víctimas de la guerra: francesas, belgas e inglesas, José Enrique Rodó sube a la tribuna, apenas los himnos de las tres respectivas naciones dan al viento sus últimas notas, y pronuncia un discurso que ha sido inmediatamente vertido al idioma de Víctor Hugo. Calor de humanidad, simpatía para la heroica Bélgica y sentimiento de justicia son raudales de armonía que brotan de los labios del orador. En esta como pesadilla de la guerra europea, que está henchida del horror de las más grandes catástrofes del mundo, Bélgica, "el taller doméstico todo paz y virtudes," luce arreos caballerescos, toma las armas del eternal idealista Quijote y ante la historia se presenta con más alta temeridad patriótica que aquel puñado de espartanos que defendieron a su patria en las Termópilas contra la invasión de millones de extranjeros. ¡Qué gesto tan noble y

tan cautivador! “Bélgica es ahora el altar humeante y sangriento del valor sublime. De ese sosegado fondo de granjas y dehesas, donde renace, magnificada, la arcadia pastoril; de fábricas que ennegrecen la niebla y barcos que cortan los ríos indolentes; de primorosos jardines y casas pulquérrimas, y en suma, de trabajo apacible, que a algunos puede parecer opaco y sin vuelo, se ha adelantado de súbito la máscara trágica de las Iliones y las Zaragoza!”

Pasará el huracán, y en medio de la desolación y la ruina de la porción más civilizada del orbe, quedarán los excelsos sacrificios, los heroísmos inauditos, las lecciones cívicas sin nombre para que los perpetúe un nuevo Plutarco. El andamiaje moral aparentemente destruído en esta guerra de titanes se afianzará con el ejemplo de los que murieron con la épica palabra Patria en los labios. En Milton hay un cuadro vigoroso: la lucha en las alturas entre ángeles rebeldes y espíritus puros. Igual es la moderna lucha. Sólo que a la mágica evocación de los aeroplanos y zeppelines hay que añadir los submarinos, las minas, el tremendo dédalo subterráneo, el Leviatán que se llama cañón 42 y las balas envenenadas.

Y en medio de todo, la augusta figura de Bélgica, con halo de martirio, ilustrada por un rey que parece salido de la leyenda homérica, quedará para lección de los futuros pueblos. “Volverá Bélgica a su sér. El sentimiento humano rechaza, en cuanto a esto, hasta la sombra de una

duda; y si la duda cupiese, y semejante pueblo pudiera, en edad como la nuestra, ser testado del mundo por la primitiva razón de la conquista, no habrá conciencia de hombre libre que no prefiera, una y mil veces, el cataclismo anárquico que hiciese saltar en astillas los fundamentos de esta civilización, antes que la persistencia de un orden de naciones en que fueran posibles tamaña iniquidad y tamaña vergüenza!"

La moderna epopeya se llamará Bélgica. Si no la canta Maeterlinck, la escribirán los Dantes del porvenir. Esta obra será el supremo consuelo después de la bélica desdicha que empapa en sangre las naciones más grandes de la tierra.

Cuando Rodó desde la tribuna iba lanzando el grito de admiración para Bélgica y abriendo el corazón de la América para tan prócer y simpático reino, estoy seguro de que todas las almas enamoradas de lo bueno y de lo bello latían de entusiasmo y de emoción sagrada y rezaban el himno de la libertad.

El Sr. Roberto Stewart, a nombre de la delegación belga, agradece a Rodó en un sentido discurso, del que sus últimas palabras son de sinceridad y sencillez encantadoras:

"S'il est vrai qu'il existe une antique légende nous montrant le guerrier se délassant, après la bataille, de corps et d'esprit, en arrachant a son violon de nobles accords, j'oserai employer ce cliché, pour affirmer que, lorsque la paix sera revenue dans les foyers belges, les

sympathies générales fourniront aux soldats d'admirables violons. Et alors, au milieu de cet ensemble harmonieux, votre note perdurant, comme perdurera votre personnalité littéraire, d'un caractère si propre et si vigoureux, vous entendrez une voix vénérable qui vous dira: Illustre Maître, dirigez vos regards de ce côté: C'est Maeterlinck qui, au salut qui vous présentèrent, hier, les Belges, ajoute le sien ainsi que l'expression de sa reconnaissance pour les superbes sons que vous avez su tirer de votre magnifique Stradivartus."

Aplaudir sin reservas, admirar hasta el delirio lo que es grande, lo que es educador y lo que es de eurítmica estética, no acusa, de ninguna manera, corazón mezquino. No es turiferario quien teje una corona para el maestro. Reconocer el mérito, amar locamente la justicia, acciones son que están a cien leguas de la pálida envidia, por más que lleve el antifaz de la crítica o la hipócrita coraza de la dignidad.

Carta a Rodó acerca de Montalvo

Quito, a 10 de Febrero de 1914.

Al Sr. D. José Enrique Rodó.

Montevideo.

Antiguo y distinguido amigo:

Las profundas y poéticas frases de su antiguo libro que recuerdan la mesa de trabajo, junto a la alada estatua de Ariel, del maestro Próspero que con una caricia de ideal despidió a la juventud en víspera de desbordarse por los distintos caminos de la vida, han despertado en mí a aquel mundo de filosofía que duerme en nuestras almas. El me ha hablado de esa mueca irónica y helada que se llama lo pasado, pues por algo empieza con la despedida a Juan Carlos Gómez, síntesis de otra época, y ha dibujado al mismo tiempo esa sonrisa franca y amable que se llama el porvenir, pues por algo acaba con

esa dulce peroración para los silenciosos, para aquellos que guardan su tesoro, modesta, desprendida, calladamente.

Creando, por medio de la telepatía misteriosa del cariño, interpretar los sentimientos de aquella porción de jóvenes americanos que rinden culto al ideal y se entusiasman con las bellezas de esta casona propia, agradezco al amigo que ha hecho vibrar las cuerdas más recónditas del alma americana, al evocar a sus prohombres como Bolívar, Montalvo, Carlos Reyles, Juan María Gutiérrez, Carlos Guido Spano, Rfo Branco, Payró, Ricardo Gutiérrez, Samuel Blixen, etc.

El pasado, sí, el pasado del coloniaje, triste palabra que es trasunto sepulcral de todo lo que en cenizas queda, el ayer estrecho, palabra fría, que nos arranca suspiros!... El mañana, el progreso, la libertad, hermosas promesas de esperanza. Mañana, mañana repetimos todos como un bálsamo para nuestros dolores, como un desahogo en medio de tantos sufrimientos. El ayer y el hoy entrelaza usted en sus artículos, desde los primeros que escribió en 1895 hasta los últimos de 1913, todos con tendencia americanista y educadora, que habla, con épico verbo, de los hombres de este continente.

Pero yo, de un modo especial, quiero concretarme a manifestarle mi orgullo y gratitud por su fervoroso canto a nuestro insigne educador y hablista Juan Montalvo; estudio «poemial» que, como usted me dice, es uno de los que con más cariño y esmero ha escrito en su vida.

Analiza usted, con potente fuerza de visión, el medio conventual y *sui géneris* en que se desarrolló este genio ecuatoriano, batallador incansable y artista por temperamento.

Aquellos toques magistrales acerca de la sociedad americana en pleno siglo XIX, aquella pintura de la herencia colonial ecuatoriana,—estrecha y monótona, aunque con inclinaciones naturales al arte,—admirables por el colorido y espíritu de observación,—forman como un marco de oro que hace resaltar la figura de Montalvo que, a cada paso, descubre su devoción de esteta y estilista, que de la paleta que sacó fulgores para matizar su inmortal poema a Bolívar, arranca inextinguibles luces para presentarnos a Montalvo, como un sol, que *irrumpe* glorioso de en medio de las sombras de la época, de las tinieblas en que yacía entonces la educación y de las negras y tormentosas nubes con que sus enemigos se empeñaban en eclipsarle con la calumnia rahez.

Y del encanto y armonía del cuadro,—en el que sorprende tanta riqueza en detalle y tanto vigor sintético a la par—se desprende y magnifica el paisaje, como de Teócrito, de la cuna de Montalvo—la florida ciudad de Ambato—«que gozó desde los tiempos coloniales, cierto renombre *geórgico* e idílico»: Allí nació «la típica representación del Escritor, en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone»: Montalvo, la centuria

americana hecha carne, la sangre roja de gladiadores americanos del siglo XIX trasfundida en un solo hombre que consumió sus días entre la acerba e implacable lucha y entre las espirituales gracias de una estética refinada; en el agrio ostracismo, inquisitorialmente cruel desde que estaba privado de los libros, y en el deleite intelectual del fino hombre de mundo que estudió el corazón femenino y se llevó de calles en el amor a más de cuatro hermosas y adorables adversarias. Porque Montalvo fue un sibarita y un filósofo, un batallador y un hombre galante. Si con fe de iluminado se consagró al culto de la libertad, rindió parias también a la mujer, con el tesón de Goethe, el del *eterno femenino*.

Casi todos sus escritos, aun en medio de la indignación política, son amenos y humanos, porque la personificación de alguna gracia femenina asoma su faz sonriente a endulzar las horas de la vida, hasta las más amargas, en sus dramas *Jara*, *La Granja*, *La Beata*, en *El Descomulgado* que es quizá su auto retrato, en *El Cosmopolita*, en los *Siete Tratados*, en los que «la literatura de Montalvo está en su más característica y remontada expresión», en *El Espectador*. Aun en la *Mercurial Eclesiástica*, la mujer es encanto y lozanía. ¿No se destaca en esta ardiente polémica la figura de Rosita Mauri que «traza con los pies y los brazos idilios y palmas que hacen morir de gusto a los buenos cristianos?» Con motivo del baile, ¿no rememoraré el trá-

gico de doña Lorenza, la de los celos otelianos? «Las mujeres tienen dos pasiones, el baile y las flores: quitadles estas dulces flaquezas, y las habréis dado un golpe mortal», dice el galante maestro ambateño. «Mujeres sin flores y sin baile no existen en los países donde la hermosura tiene su cetro levantado» Y aconseja a las quiteñas que bailen.

Aquel Juan de Flor de *Geometría Moral* que sabe con exquisito donaire musitar un madrigal a la más pintiparada o ya enderezarla una dicacidad fina, con su genial nobleza de caballero de guante blanco; ese Tenorio de nueva cepa, es la reencarnación del temperamento de Montalvo.

Todo es bello, fervoroso, hondamente sentido y meditado en el análisis que Ud. consagra a Montalvo, que aunque se «embriagó de arcaísmo» para honrar como es debido a los antepasados castellanos; vació en las primorosas formas del porvenir su impecable verbo. Usted ha sabido hallar la *conciencia* del estilo del maestro admirable.

Sólo no estoy de acuerdo en su delicada duda al considerarle como pensador. Algunos otros ligeros puntos de discrepancia le borraré; pero sólo quiero rectificar la fecha de su nacimiento, que no es en 1833, como anota Ud., sino el 13 de Abril de 1832.

En Ambato y en Guayaquil la gratitud nacional ha consagrado en el bronce monumentos a Montalvo. Casi todas las Municipalidades del Ecuador se engala-

nan con su retrato. En la Biblioteca Nacional, la figura magnífica del luchador se ostenta de pie. En las Repúblicas de Centro América, en especial en El Salvador, es venerado Montalvo. En sesiones del Ateneo salvadoreño, preside la efígie del educador del carácter de la juventud.

Pronto le remitiré la tercera edición del estudio que mi sinceridad consagró a los *Motivos de Proteo* de Ud. En ella he insertado también mi antiguo juicio acerca de su *Ariel* que publiqué hace cosa de doce años.

Estos últimos tiempos ha sido muy escasa la correspondencia con que desde antaño siempre fuí muy favorecido por Ud. ¡Ojalá no le siga siendo esquiva aquella ansiada hora de serenidad, a fin de que pueda conservar más a menudo y más largamente conmigo!

No olvide a su viejo amigo, que le guarda profunda gratitud porque ha exhibido, desde el mirador de la América, una de las más puras glorias nacionales.

Suyo afectísimo,

Alejandro Andrade Coello.



DOCUMENTOS



Cartas de Rodó

De entre las muchas cartas que—como oro en paño—conservo de mi ilustre amigo Dn. José Enrique Rodó, con el que mantuve correspondencia por más de quince años, publico unas pocas, de su puño y letra, que se relacionan con la evolución de alguno de sus luminosos libros—algo así como su cronología—y la meditada elaboración del meritísimo estudio acerca de Dn. Juan Montalvo. Son de interés público, ya porque tratan de estos puntos, ya por el elogio y afán que demuestran por algunos compatriotas distinguidos e instituciones quiteñas, y ya en fin, por las enseñanzas que encierran. Me abstengo de dar a luz las de carácter meramente privado y aquéllas otras que encomian y son brillante y abrumadora crítica—por los honrosos conceptos que me prodiga—de los pobres libros míos. Quizá defraudo con mi moderada actitud las letras americanas; pero acentuado senti-

miento de delicadeza me inspira, que quiero no se atribuya a afectada modestia. Los preciosos autógrafos que hoy ven la luz me place que se conserven en la Biblioteca Nacional del Ecuador, para que dichos originales estén allí a la disposición del público y se salven de las incurias del tiempo en tan solemne santuario del intelecto.

Montevideo, 30 de Setbre. de 1902.

Sr. Alejandro Andrade Coello.

Quito.

Amigo de toda mi estima:

Gracias mil por su brillante artículo de «La Mañana».

Contribuye U. valiosamente a la propaganda de ideas que ambos consideramos buenas, necesarias, merecedoras de recordarse siempre a la juventud.

Hagámoslo sin tregua, con fe, con entusiasmo, y no será obra perdida.

Gracias también por lo que me toca personalmente en sus apreciaciones, y plácemes por el mérito de su trabajo, que con sumo gusto haré transcribir. Voces como la suya merecerán siempre ser escuchadas y atendidas.

Estrecho afectuosamente en su mano la de un noble compañero de ideas, y le reitero mis sentimientos de amistad y de aprecio muy sinceros.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

S/c. calle Cerrito 102 a.

Montevideo, 5 de Dcbre. de 1907.

Sr. Dn. A. Andrade Coello.

Quito.

Mi distinguido amigo:

Tiempo hace que no tengo noticias de Ud. ni recibo su interesante periódico. ¿Acaso ha dejado de publicarse?

Mi carta no sólo tiene el objeto de reanudar nuestra comunicación epistolar y saber de Ud. sino que quiero informarme, por su intermedio, de algo que me interesa. He oído muy elogiosas referencias a un opúsculo publicado, no sé si en Guayaquil o Quito, por el Sr. Gonzalo Zaldumbide, a propósito de «Ariel»; pero no he hallado medio de obtenerlo, y quisiera que Ud. me indicase el modo como podría satisfacer mi deseo. El nombre de Zaldumbide me recuerda a uno de los amigos y correligionarios del gran Montalvo, gloria de su patria de Ud.

Sobre Montalvo escribo actualmente un estudio que daré a la publicidad en una revista española. El culto de su memoria preclara ¿sigue inspirando a la juventud del Ecuador, como faro luminoso, en las ideas, en la acción y en el estilo? Así debo creerlo.

Entéreme Ud. del actual movimiento literario ecuatoriano; de las revistas que se publiquen y de las jóvenes inteligencias que alboreen.

Junto con la presente, me es grato enviarle un ejemplar de «Liberalismo y Jacobinismo», que es lo último que he publicado.

No le olvida su afectísimo amigo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Dirección: Sr. José Enrique Rodó. Diputado por Montevideo.—Uruguay.

Montevideo, 29 de Agosto de 1909.

Sr. Dn. Alejandro Andrade Coello.

Quito.

Mi distinguido amigo:

Ha tiempo que no sé nada de Ud., y aunque ignoro si su residencia sigue siendo esa ciudad, quiero dirigírmele a fin de

reanudar, si es posible, nuestra correspondencia, para mí tan grata.

Me llama la atención que entre los ecos que me llegan del movimiento literario hispano-americano y los libros y revistas que recibo, poco, muy poco, viene a mí del Ecuador, y poco también es lo que leo sobre obras que hayan aparecido en esa república y autores nuevos que en ella se hayan revelado. ¿Es que en realidad la producción literaria ecuatoriana, del país de Montalvo y de Olmedo, pasa por un período de estancamiento?

Ignoro también si sigue publicándose la revista que Ud. con tanto acierto dirigía.

Sobre todo esto, y en general sobre las actuales manifestaciones del pensamiento ecuatoriano, quisiera noticias e informes que nadie mejor que Ud. puede proporcionarme. De antemano se los agradezco.

En la esperanza de que ésta tenga la fortuna de llegar hasta Ud., me repito su affmo. amigo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

S/c. Cerrito 102 a.

N. B. ¿Conoce Ud. la residencia de su compatriota Zaldumbide, que hace algunos años dió en la Universidad de Quito una hermosa conferencia sobre mi «Ariel»?—Vale.

Montevideo, 25 de Diciembre de 1909.

Sr. Dn. Alejandro Andrade Coello.

Quito.

Mi distinguido amigo:

Gracias mil por su instructiva carta sobre el actual movimiento literario ecuatoriano. La he leído con verdadero interés.

Gracias también por el nuevo libro suyo. ¡Cuánto me complace que espíritu como el de Ud., en quien se aúnan la superioridad intelectual y la nobleza de sentimientos e ideales, se apliquen a temas como los que Ud. dilucida y los estudien en su relación con nuestro ambiente americano!... Así quisiera yo ver orientada la producción de nuestros escritores, y así aliento la esperanza de verla florecer cuando, terminando tanta frívola dispersión de fuerzas como hoy deploramos, nuestra literatura se nutra de las hondas y esenciales preocupaciones de nuestra vida y tienda a un ideal afirmativo y constructivo, de energía, de acción, de fe en el porvenir, como cumple a la expresión literaria de pueblos jóvenes y fuertes. Por este camino debemos buscar la originalidad.

Mantenga Ud. en alto su bandera de «El Educador», que lleva en su título el mejor de los programas; no consienta largos ocios a la pluma, que, en manos de Ud.,

es instrumento del más noble trabajo, y crea que, desde lejos, le acompaña con la atención y simpatía más sinceras, su amigo de corazón.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

S/c. Cerrito 102 a.

Montevideo, 21 de Enero de 1910.

Sr. Dn. A. Andrade Coello.

Quito.

Querido amigo:

Acabo de leer su hermoso opúsculo sobre los progresos del Ecuador. Su tesis fundamental es ya para mí muy simpática, porque, en lo que se refiere al porvenir de los pueblos hispanoamericanos y a sus destinos históricos, soy de un impenitente optimismo. Pero, además, en el desenvolvimiento de esa tesis, en la idea que Ud. encadenadamente expone, noto a cada paso puntos de contacto con mi modo de encarar cuestiones esenciales. Pensamos lo mismo en muchas cosas, y esta fraternidad de espíritu me complace de veras. Mi liberalismo, como el suyo, es, en su más íntimo fondo, tolerancia, y tanto se opone al fanatismo clerical como a la violencia jacobina. Libre de toda vinculación religiosa, ex-

perimento como Ud. alto respeto por la figura humana, y sublime, del fundador de la civilización cristiana.

Sus censuras de la ejecución de Ferrer interpretan, en lo esencial, mi propio sentir: he encabezado, en mi país, protestas por ese hecho injustificable; sólo que, en cuanto a los méritos y condiciones personales de aquel infortunado, no me considero aún en aptitud de juzgar con pleno conocimiento. Bastan, para mi protesta, el carácter y la forma de su condenación.

Cuando Ud. habla de que la libertad religiosa es un ideal completamente realizado en algunos pueblos de la América nuestra, dice verdad tan segura que yo me atrevo a afirmar que estos pueblos del Río de la Plata, en que vivo, son, en materia religiosa, los más *liberalizados* del mundo: aquéllos en que la religión mueve menos pasiones y permanece más apartada de las luchas civiles y las «disputas de los hombres».

Las conquistas de libertad religiosa que Ud. ve avanzar con justo júbilo en su noble país, son también hechos alcanzados ha tiempo en el Plata; y ésta es la hora en que se prepara, aquí en Montevideo, la completa separación de la Iglesia y el Estado, sin que esta reforma suscite protestas muy violentas del lado de los intereses católicos, convencidos quizá de que ésta no será obra de hostilidad, sino de equidad, que favorecerá en definitiva la autonomía de su propia comunión respecto de potestades ajenas.

Muy sensatas me parecen las páginas que Ud. consagra a las cuestiones internacionales que interesan al Ecuador. El criterio de concordia y justicia es, en ese orden de cuestiones, en los pueblos americanos, imposición de la misma naturaleza, a la que repugnaría la criminal demencia de discordias sangrientas por litigios de límites en estas tierras, en gran parte desiertas, y en su parte poblada, pobladas por hermanos. Hechos recientes demuestran que ese criterio prevalecerá: las convenciones realizadas ha poco por mi país con el Brasil y la Argentina despejan cuestiones territoriales importantes y fijan una norma que todos los pueblos americanos han de seguir, por decoro y por instinto de conservación propia.

No terminaré sin expresarle la satisfacción con que veo el culto de veneración que el Ecuador mantiene por la memoria de Montalvo: los pueblos que honran a hombres de esa talla se honran a sí mismos.

Correspondiendo a su pedido—que no hizo sino anticiparse a la ejecución de un propósito mío,—le envié, hace próximamente un mes, un ejemplar de mi último libro.

Grato al obsequio del suyo, me complazco en repetirme de Ud. amigo afmo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, 1^o de Diciembre de 1913.

Sr. Dn. Alejandro Andrade Coello.

Quito.

Mi distinguido amigo:

Débole la expresión de mis sentidos agradecimientos por las bellas y afectuosas páginas con que me ha honrado su generosa amistad en el opúsculo que lleva mi nombre. La demora en agradecerse las no reconoce otra causa que mi deseo de hacerlo con más detenimiento del que suelo poner en mi correspondencia habitual; porque en la agitada vida que por aquí llevamos me sucede—y acaso le pase a Ud. lo mismo,—que las cartas que con más interés me propongo escribir son las que más retardo, en espera siempre de una tregua que me permita escribirlas con el reposo que quisiera.

Por desdicha, esa hora de serenidad sigue siéndome esquiva, y ya que el año se va y que debo remediar de algún modo los atrasos de mi correspondencia, acepte Ud., que tan benévolo es conmigo, estas pocas palabras de agradecimiento, siquiera por la sinceridad en que están inspiradas. Ha reunido Ud., en mi obsequio, todas sus prendas de escritor y todas sus bondades de amigo: si las primeras confirman el alto aprecio en que tuve siempre su pluma, las segundas vienen a ha-

cer aún más estrecha y cordial una amistad fundada en la comunidad de las ideas y las simpatías del carácter.

Los ejemplares que Ud. me envió de su opúsculo fueron convenientemente distribuidos, y por cada uno de ellos recogí una impresión que, sumada a la mía propia, contribuyó a que me sintiese aún más obligado para con Ud.

Dentro de pocos días, he de mandarle «El Mirador de Próspero», que acaba de salir de la imprenta y en el que incluyo, como Ud. verá, un largo estudio sobre nuestro gran Montalvo. Es de las cosas que con más amor y esmero he escrito en mi vida.

Suelo recibir libros y periódicos del Ecuador, entre ellos la «Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria», que me interesa mucho y me parece excelente.

Creo excusado encarecer a Ud. que no deje de enviarme cuanto produzca. Y con mis votos porque el nuevo año sea pródigo en felicidades para Ud. y para su patria, le reitero mis sinceros agradecimientos y le envío un apretado abrazo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, 20 de Noviembre de 1914.

Sr. Dn. Alejandro Andrade Coello.

Quito.

Mi distinguido amigo: Pláceme acusar recibo de sus dos muy gratas de 5 y 21 de Julio. No recibí la de Febrero, a que hace Ud. referencia, pero sí la copia de ella que ahora me acompaña Ud. Gracias por la simpatía y el afecto que me confirma, con motivo de mi último libro, en tan sentidos y elocuentes términos. Cada vez que un ecuatoriano me escribe reconociendo la semejanza de la imagen que me propuse trazar de Montalvo, siento me confortado en mi convicción de la profunda unidad espiritual hispanoamericana, puesto que, a pesar de comunicarnos tan poco, nos comprendemos e identificamos tan fácilmente juzgando a nuestros hombres y nuestras cosas.

Las «Nociones de Literatura General» me interesaron muchísimo. Cabalmente, una de mis ideas más arraigadas es la de la necesidad de remover los procedimientos de la enseñanza retórica y literaria, empezando por la sustitución de los textos compuestos al modo pseudo-clásico. Algo sobre el particular incluso, como Ud. sabe, en el «Mirador de Próspero». Sus «Nociones» me produjeron, pues, viva satisfacción, celebrando, no sólo la oportunidad del intento, sino también el des- empeño juicioso y atinado. Espero que

su libro tenga la sanción que merece, en la enseñanza oficial, y creo muy posible que, una vez adoptado como texto en su patria, salve las fronteras de ella y se imponga en otras partes de América, donde la necesidad a que Ud. ha querido atender no ha sido satisfecha. Ese texto suyo es obra de criterio propio y amplio, que en nada se parece a las vulgares «rap-sodias» que Ud. se propone, muy oportunamente, proscribir.

Al joven discípulo de Ud. que quiere consagrar a mi obra las primicias de su pluma, salúdele Ud. afectuosamente en mi nombre y agradézcale su interés. De las dos publicaciones que Ud. se refiere no conservo ejemplares, pero una de ellas: el estudio sobre Darío, — que tanta aceptación e influencia crítica alcanzó, — está reproducido como prólogo en la edición de «Prosas profanas» hecha por Bouret, de que le remito un ejemplar.

En cuanto al otro opúsculo: «La vida nueva», no tiene gran importancia y poco se perderá en omitirlo.

Queda de Ud. amigo affmo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



INDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	3
Rodó.—El Mirador de Próspero.....	5
Motivos de Proteo.....	22
Ariel	47
Bélgica y Rodó.....	59
Carta a Rodó acerca de Montalvo.....	63
Documentos.....	69
Cartas de Rodó	71



Obras de Alejandro Andrade Coello

Nociones de Literatura General.—(2^a EDICIÓN).

Maldonado, Mejía, Montalvo.—(MOTIVOS NACIONALES) TOMO I.

Algunas ideas acerca de educación.—(2^a EDICIÓN
DECRETADA POR LA M. I. MUNICIPALIDAD DE QUITO).

La Ley del Progreso.—EL ECUADOR EN LOS
ÚLTIMOS QUINCE AÑOS.

Vargas Vila.—OJEADA CRÍTICA DE SUS OBRAS.

La Tentación.—VERSOS EN AGRAZ.

Nociones de oratoria.—(AGOTADA).

Plaza.

El Ecuador intelectual.

Las Brumas de Antonio C. Toledo.—(ESTUDIO
CRÍTICO).

Vulgata higiénica.—(4^a EDICIÓN).

El Vía crucis del Orador.

Nicolás Beauduín.—EL PAROXISMO.